



U. N. M. S. M.
BIBLIOTECA CENTRAL
HEMEROTECA
FONDO ANTICUO

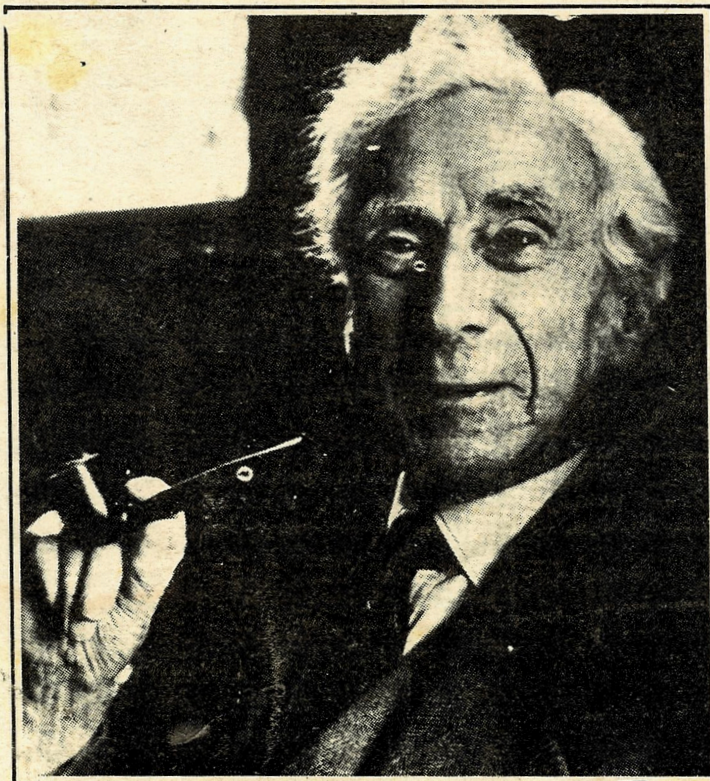
el Caballo rojo

Suplemento dominical
de El Diario de Marka

Lima, 30/1/83 No. 142 Año III

Dirección : Antonio Cisneros
Edición : Luis Valera
Redacción : Rosalba Oxandabarat
 : Marco Martos
Arte : Marcos Emilio Huamani
Fotografía : Beatriz Suárez
Corrección : Mito Tumi
Coordinación : Charo Cisneros
Impresión : EPENSA

Lima, años 50: al son del mambo
Stendhal: hace doscientos años nació un genio
Karl Korsch y el marxismo en Occidente



Bertrand Russell: la edad de la esperanza

Ausencias y extravíos del poder
El Gabinete fantasma



Una vieja y bastante aceptada definición de cultura sostiene: cultura es lo que queda cuando se olvida todo lo que se aprendió (lo que, malignamente, deja afuera a todos los eruditos de la tierra, a los que, les quede o no les quede nada, no se les olvida ni un milésimo de todo lo que aprendieron). Digresión aparte. La definición podría valer, alterando un poco las palabras, para el derecho. Podría ser: derecho es lo que queda cuando desaparece el complicado andamiaje de las leyes, decretos, apartados, etcétera. Inclúyase, además, esos divinos intermediarios, entre el derecho y los seres comunes y corrientes que son los burócratas.

Kafka se ocupó del asunto, y *El proceso* es una de las pesadillas más terrorizantes que se pueda concebir. Frankenstein, Drácula, todos los vampiros, brujas y demonios son consoladores duendes, de los que animan una noche invernal con confortables escalofríos y permiten medir la maravilla de la tangibilidad cotidiana, el poder tranquilizador del mundo material. En cambio, el horror de la máquina de la ley le puede caer a cualquiera y a todos. Enfrentarse con ella, ser malinterpretado con ella, buscarle las implicancias o interpretaciones a ella, constituye la pesadilla posible de cualquier ser humano, no en las épocas malas —esas de las que se dice que nunca duran cien años—, no en los terribles remezones de la guerra o la tiranía, sino en las que se suponen las mejores, o al menos las nor-

El tribunal del rey Salomón

Amalia Sánchez

males. Julio Ramón Ribeyro dedica una de sus prosas apátridas a esas divinidades devaluadas, pero divinidades al fin, que vienen a ser los burócratas, los que con una firma, una demora, un pequeño extravío, pueden decidir nuestro destino. (Lástima no tener el libro a mano, para citarlo completo, porque es perfecto)

Sí, como sostiene Borges, una biblioteca viene a ser algo así como un depósito de mundos en conserva, y basta abrir un libro para que uno comience a germinar y expandirse y recrearse por entero, los archivos judiciales del mundo vendrían a ser algo así como el depósito de los infiernos minúsculos y atroces de los ciudadanos. Y no hablemos de los grandes juicios, los que acaparan las páginas de los periódicos y los cables, y los grandes abogados y por ende todas las disquisiciones editoriales sobre la Historia, la Libertad, la Justicia y los Derechos del Hombre y el Ciudadano: esos, al menos, están protegidos por la publi-



cidad y esa suerte de reflexión colectiva que los grandes sucesos provocan como las mayúsculas de la frase. Pensemos, más bien, en los miles y millones de juicios por desahucio, contra el

desahucio, por alimentos y por divorcios y por tenencia de hijos y por herencias y derecho a herencias y por si se llama así o se llama asá y estamos solamente en el terreno de las personas decentes que no caben en el fuero penal. Aquí ya el infierno debe ser tan complicado que sólo el diablo o los abogados lo entienden, y a veces ni siquiera el diablo.

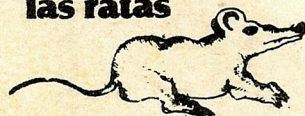
Como ya está dicho y aceptado que el miedo es el resultado del enfrentamiento con lo desconocido, dejando de lado el enfrentarse a inmensos abismos, rugientes tempestades y mares enfurecidos —que por lo menos tienen su cuota de aterrizante poesía y remiten al absoluto— uno de los miedos que atenazan a las pobres gentes es el enfrentamiento a la maquinaria del derecho. Que es el reino de lo relativo. Que si no fuera así no habría por qué, porque bastaría aplicar leyes y decretos al pie de la letra por computadora para que en un par de minutos se acabe el litigio. Entonces uno diría, por ejemplo:

tengo que ir una media hora al Palacio de Justicia porque hoy se resuelve mi divorcio, la separación de bienes y la custodia de los niños. Y el Palacio de Justicia, en vez de ser el paradigma de la superpoblación, sería un amable pasillo lleno de salitas donde los litigantes asisten a su media hora de juicio, con una salita al costado dotada de servicio de pañuelos y Valiums para asistir a los que les tocó perder, con leyendas consoladoras del tipo "Hoy yo, mañana tú", o "La derrota es preferible a la ansiedad". Habría, naturalmente, menos ansiedad, porque duraría menos, y sobre todo se eliminarían esos infernales ataques de odio que cruzan desde afuera del mostrador hacia adentro del mostrador, dirigidas hacia una inofensiva señora que se lima las uñas o un pacífico funcionario que habla por teléfono con su esposa.

Claro que lo del derecho absoluto y la administración absoluta resulta algo sofisticado, no imposible, y se corre el riesgo de que una computadora se atravesara y pase como con aquel cristiano que, dado por muerto, iba en su ataúd cuando se despertó y quiso escapar a su fatal destino, y el enterrador, furioso, lo encerró de nuevo alegando: "Qué, ¿acaso sabes más que el doctor?"

Pero una solución bien acorde al subdesarrollo y la carencia sería volver al tribunal del rey Salomón. No se precisa más que una sala cualquiera, una silla —no tiene por qué ser un trono— y un Salomón, naturalmente. Que podría elegirse por licitación pública.

El trotar de las ratas



José María Salcedo

La primera vez

Toda la discusión acerca de si la historia se repite o no —es decir, el tema de los griegos, Hegel y otros— fue decidida por Garrincha, más o menos en 1944. El niño Garrincha pensó que tal vez la historia no se repetiría, pero él sí repetiría esa jugada —por la derecha— hasta que la muerte lo separe o hasta el fin de los tiempos. Y así fue.

La verdad, sí, admito que estoy escribiendo sobre el señor Garrincha con bastante retraso. Como justificación puedo decir que tengo mi propia filosofía de la historia —que no pienso revelar en esta oportunidad, así que favor de no insistir— y hace dos semanas que no aparece esta columna que, si fuera modesto, podría decir, en beneficio de mis cultos lectores. Pero no es así.

Francamente, ¿cómo será?

Pero, regresemos. Nos habíamos quedado en el preciso instante —esa tarde de 1944— en la que el niño Garrincha decidiera que esa sería la forma.

Era con una pelota antigua de cuero pero como eran antes, es decir, con nudos en la cabeza, cosa que les daba una cierta ovalidad a medida del uso. No vamos a hacer aquí la demagogia de los piecitos descalzos —tipo neorrealismo tercermundista— y la pelota de trapo.

No.

Era una pelota como la que he tratado de describir, ya grisácea —originalmente había sido de fuertes tonalidades amarillas— a causa —grisácea digo— de los terrenos baldíos, otros terrales y el polvo de los caminos con sus espec-

tivas piedrecitas. Quiero decir que las piedrecitas habían ido peiando la pelota, la habían ido rebanando, aparte de los amarres de la cabeza que ya le venían dando una perspectiva ovoide e irregular.

Así las cosas, el joven Garrincha descubrió que más que dar botes lo que la pelota tenía que hacer era rodar, dar curvas y reptar sin arriesgarse en elevaciones.

Pero regresemos.

Ya el niño Garrincha sabe todo eso.

Debo, sin embargo, hacer una aclaración. Posiblemente alguno de ustedes, desocupados lectores, ya está pensando en cómo es posible que un chico tan chico ya pueda saber todo eso, cuando lo más probable es que ni siquiera sepa leer y escribir todavía. Eso nada tiene que ver.

Debo aclarar que esas cosas se saben inmediatamente, nada más dar las primeras pataditas a la pelota sobre un terreno como el que acabo de intentar describir. ¿Intuición popular? No soy yo la persona indicada para responder tan importante cuestión.

Lo que sí resulta francamente verificable es que la primera experiencia —hacer esa jugada que ustedes conocen perfectamente— le salió bien.

Suerte, habilidad, intuición popular, otras razones, respondan ustedes que para eso hay libertad de pensamiento.

El preciso instante en que el niño Garrincha hizo la jugada por la derecha, con el famoso movimiento del torso y las dos piernas para el mismo lado, fue el instante definitivo. A diferencia de nosotros —los mortales comunes— que nos

pasamos la vida tanteando y tanteando, buscando y buscando, trastabillando y trastabillando, acumulando fracasito tras fracasito, el niño Garrincha la vio al toque, de arranque y desde aquella primera vez.

¿Se aburriría después en la cancha?

Tal vez. Quién sabe si aquella primera vez, aquella remota primera vez en que se inició toda la aburrida perfección, condicionó todo lo demás, toda la vida que después algunos llamarían desordenada hasta una muerte francamente triste años después de la primera vez.



Igual que la corriente ecuatorial, el anciano y casino primer ministro se estrenó causando desastre y medio. El día que se posesionó del cargo, el dólar alcanzó los mil soles y el Gobierno lanzó un paquetazo tan contundente como los huacos y desbordes veraniegos. Todos los productos de primera necesidad subieron estrepitosamente, incluidos la gasolina y su consiguiente efecto multiplicador. La pieza de pan cuesta ahora más de lo que costaba la lata de leche cuatro años atrás.

El señor ministro de Economía, prestado por el Wells Fargo Bank al virreinato del Perú, con la seguridad que le dan sus 24 millones de soles de sueldo mensual, vociferó indignado que la causa de la inflación eran los sueldos demasiado altos. Tan grosera declaración sonrojó a uno de los semanarios gubernistas, que primero le pegó un jalón de orejas y luego ofició de intérprete: quiso decir, explica, que eran demasiado altos los aumentos de sueldos. Y, al parecer, promete reducir las migajas aún más.

Después de tan notable inicio, ambos personajes desaparecieron. Sin duda, fueron a escuchar la voz del amo. Porque Rodríguez Pastor no gana 300,000 dólares anuales por gusto. Tiene que haber hecho méritos importantes para llegar a ese nivel. Como, por ejemplo, haber favorecido la fuga de divisas a favor de la IPC cuando la estatizó Velasco. O haber sido un eficaz agente para la concesión de la falsa recuperación secundaria de los campos de La Breña y Pariñas para la Occidental Petroleum. Además de ser, por cierto, importante ejecutivo de uno de los acreedores de la deuda externa. El señor Schwalb tampoco ha estado ligado gratuitamente al Fondo Monetario Internacional. Su estilo puede ser grave y comedido y su lealtad populista incuestionable para sus fieles. Pero sus objetivos son definitivamente apocalípticos.

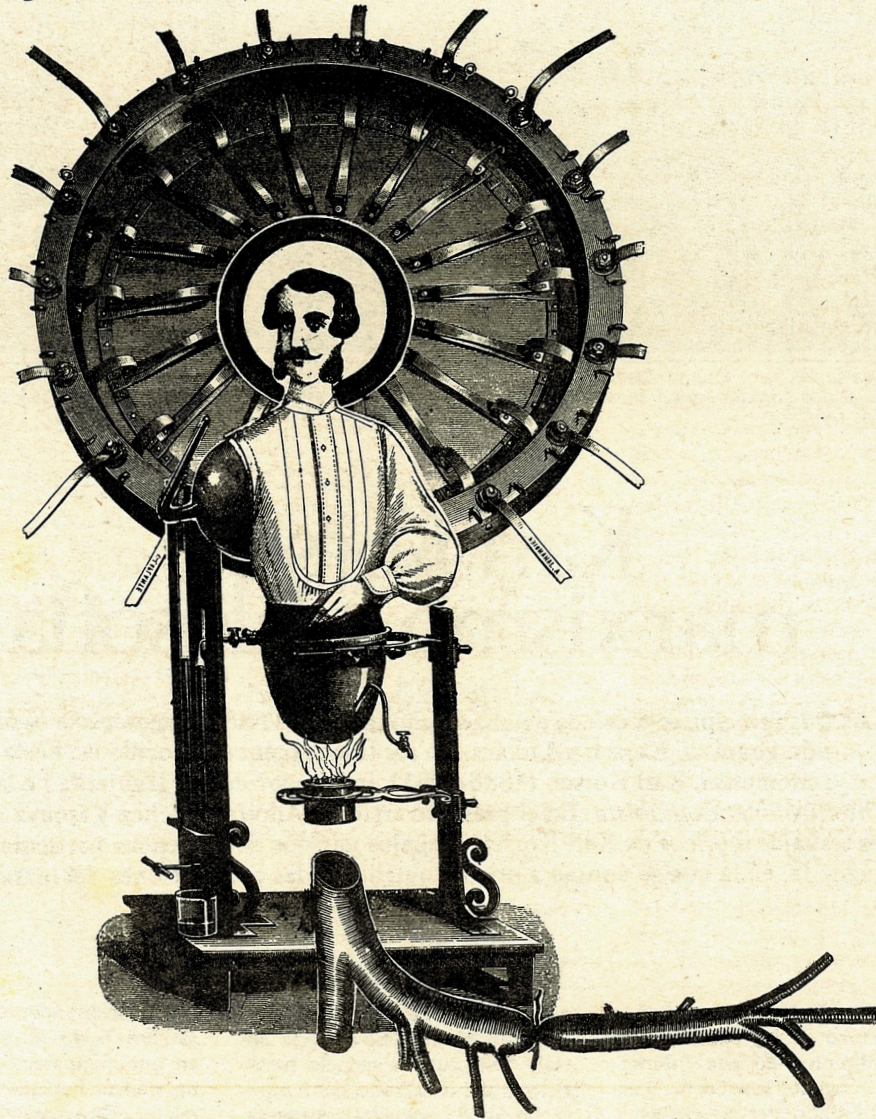
El Niño pasará en dos o tres meses y nos habrá dejado el recuerdo de las inundaciones y las epidemias, curables en cualquier lugar del planeta, pero que aquí se llevan a nuestros crios. Lo que no pasará serán los efectos de la política del viejo premier.

Estos personajes llegan con la espada desenvainada a imponernos la estabilización que exigen los banqueros del imperio. Rodríguez Pastor ha venido a poner en orden todo aquello que se haya salido de los libros sagrados del monetarismo irracional. Menos elegante que el mundano Ulloa, sabe perfectamente que la inflación es un mecanismo usado por el capital en épocas de crisis para mantener las ganancias, y va por ello directo al grano: hay que reducir el salario real, disminuir su poder adquisitivo mediante el aumento de precios y eliminar los in-

Ausencias y extravíos del poder El Gabinete fantasma

Agustín Haya

Teníamos que ser nosotros los que corrigiéramos una antigua tradición inglesa. En ese país, el opositor de turno acostumbra tener como alternativa a los gobernantes un Gabinete fantasma. El problema por aquí es cuando tenemos a fantasmas en el Gabinete: no sólo porque hasta ahora sus cabezas no aparecen, sino porque algunos de los nuevos ilustres calzan perfectamente en una de las acepciones de la Academia: "Espantajos para asustar a la gente sencilla".



crementos trimestrales. Como su meta es, además de mejorar la rentabilidad de los monopolios, garantizar paralelamente el pago de la deuda externa, tiene que reducir el gasto público para asegurar el pago puntual.

Como saben que la aplicación ortodoxa del fondomonetarismo hace estallar las tensiones sociales, estos espectros del hambre han propuesto a dúo "firmeza en la conducción política".

RINCON DE LOS MUERTOS

No bien volaron al regazo materno, dejaron como intérprete a un experto en cuestiones de baja policía, galardonado con el apaleamiento de ambulantes y el despido de centenares de municipales. Para ratificar que seguía reñido con la inteligencia, este personaje empezó expulsando a un asilado político. Si

quería hacerse famoso, lo consiguió. El caso Liberona ha dado la vuelta al mundo y, como acertadamente anotó Valle-Riestra, Fernando Rincón debe de haber hecho empalidecer de envidia a Abimael Guzmán. En una semana acusó tantos destrozos políticos como sus distinguidos superiores. Su comunicado explicando que el exiliado chileno había salido voluntariamente del país debe haber agravado el cociente mental promedio del resto del Ejecutivo, porque desde entonces le han prohibido hablar. Ello no es suficiente, porque a tan peligroso personaje no se le puede confiar ningún puesto público. El país no olvida que este señor acusó a Liberona por tener libros de Neruda, canciones de Víctor Jara y folletos de la OLP. Por eso lo quería enviar a manos de Pinochet, repitiendo lo que ya hizo el gallardo Belaúnde al entregar a la policía fascista a

dos militantes del MIR chileno que creyeron que Tacna era la frontera con la democracia.

En el Gabinete de los fantasmas, éste resulta un ministro particular. Aunque la intervención militar en Ayacucho vela su papel, el señor es el responsable político de la despiadada represión desatada por las fuerzas policiales. De ello también tendrá que responder. La cobarde mutilación de combatientes senderistas, la masacre de comuneros, el asesinato policial y la quema de casas de campesinos falsamente acusados, expresan el sucio estilo de este experto en limpieza pública.

Mientras el Gobierno siga empeñado en afrontar la actividad guerrillera de Sendero haciendo trizas los derechos humanos y aterrizando a los pueblos, sólo alimentará la rebelión y hará que vastos contingentes piensen, como Jeremías en sus lamentaciones, "que mejor les

fue a los muertos a espada que a los muertos de hambre".

Con sabios como el ministro del Interior, que ha jurado que la lucha contra la guerrilla será "eterna y permanente", el porvenir de Sendero está prácticamente asegurado. Lo que sin duda no será ni lo uno ni lo otro es la permanencia de este caballero en el rincón del Interior.

Salvo que el presidente haya decidido que ese es el estilo que necesita para demostrar autoridad. Sus últimas declaraciones han probado dos cosas: que los rigores del verano y la deshidratación no sólo afectan a los niños y que Rincón, efectivamente, no está solo en el Gabinete. El lo acompaña. Así, se ha dedicado a acusar a los curas de agitadores y a sus opositores de ser portadores de basura ideológica, escrita además todos los días en determinado diario.

Donde más deben haber repercutido esas frases, es en el Gabinete remendado, porque parece que hay espíritus incómodos.

¿UN BOMBERO SIN SITIO?

En el esquema anterior, el neoliberalismo tenía dos adornos: el estilo de Ulloa y la concertación de Grados. Se entendían a las mil maravillas. El hombre de las Bahamas era suficientemente hábil como para permitir de vez en cuando las ocurrencias socialdemócratas del titular de Trabajo. Así, uno echaba leña al fuego y el otro rociaba una jarrita con sus aumentos trimestrales y su prédica concertadora. Sin embargo, ahora algo no camina. El banquero del Wells Fargo es más bien dueño de un estilo autoritario y dogmático, más propio del PPC que de las veleidades demagógicas de Acción Popular. Se habla ya de los encuentros de éste con Grados.

Aunque al pretender anular el aumento de los telefónicos, el bombero Grados se echó la manguera encima, parece que va a ser difícil repetir la dupla anterior.

Si Grados sale o queda reducido al papel de simple comparsa, la figura se irá aclarando. La férrea lógica del monetarismo y su correlato represivo irá cerrándose. Este Gabinete no podrá ofrecerle ningún resultado a un pueblo angustiado por el hambre y la creciente amenaza contra las libertades democráticas.

1983 puede ser en muchos sentidos un año decisivo. La movilización de masas se radicaliza y los sindicatos tienen razón cuando exigen lanzar el paro nacional. Pronto, el Gabinete irá a charlar ante un Parlamento que, por obra y gracia del régimen burgués, no puede sancionar el plan de gobierno. El país conocerá entonces a los fantasmas y quedará convencido de que su vocación de servicio y de entrega al capital extranjero es de carne y hueso.



Karl Korsch nace en 1886 en Tostedt, Alemania, en el seno de una familia de la clase media. Estudia derecho, economía y filosofía en Munich, Berlín, Ginebra y Jena. En 1910 se doctora en Derecho en la Universidad de Jena con la tesis titulada "El paso de la prueba en la calificación de la confesión". Se casa en 1908 y de su matrimonio tiene dos hijas. En los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial reside en Inglaterra, donde entra en contacto con la Sociedad Fabiana. Respondiendo todavía a su formación jurídica, publica en 1913 una *Contribución al conocimiento y comprensión del derecho inglés*.

Al estallar la guerra mundial, es movilizado y, con grado de oficial del ejército alemán, toma parte en ella. Esta experiencia histórica y personal influye decisivamente en su vida como en la de tantos otros: la guerra lo lleva a la política. En 1919, el jurista de los años de paz y el combatiente apenas desmovilizado se convierten en un activo militante político. Ingresa, primero, en las filas del Partido Socialista Alemán Independiente, de orientación centrista, en el que destacan las figuras de dos colosos de la socialdemocracia: Karl Kautsky y Rudolph Hilferding, que habría de adquirir fama como autor de *El capital financiero*. Pronto abandona las tibias filas del partido socialista y se incorpora al Partido Comunista Alemán Unificado (VKPD) que surge de la escisión del Partido Socialista en octubre de 1920 y lleva a la unificación de la mayoría del Partido Socialista y del Partido Comunista en el grupo Espartaco, fundado por Rosa Luxemburgo en diciembre de 1920. Así, después de haber militado junto a Karl Kautsky, lo encontramos al lado de Rosa Luxemburgo que personifica la tendencia opuesta.

1923 es para Korsch un año de intensa y variada actividad: como profesor de derecho en la Universidad de Jena, como ministro comunista de Justicia en Turingia, durante los meses de octubre y noviembre, al calor de los éxitos efímeros de la revolución alemana y como diputado comunista del Parlamento de Turingia. En 1923 aparece su famoso trabajo *Marxismo y filosofía* que habría de convertirse en el centro de las más agudas y opuestas críticas. Este texto ve la luz en la revista de Leipzig *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung* que publica asimismo los trabajos de Georg Lukács sobre Moses Hess y Lassalle. 1923 es, finalmente, el año en que aparece la obra de Lukács *Historia y conciencia de clase*. Desde entonces, el título de este libro y el de *Marxismo y filosofía*, así como los nombres de sus autores serán asociados por sus críticos más implacables.

La actividad práctica política de Korsch, desde las filas del Partido Comunista Alemán, se



Fin de la Primera Guerra Mundial: el socialdemócrata Friedrich Ebert (izquierda) asiste a la entrada en Berlín de los soldados alemanes que regresan del frente. Eran los años en que Korsch inicia sus grandes trabajos teóricos.

Karl Korsch: marxismo y filosofía

Adolfo Sánchez Vázquez

Los tres principales teóricos del marxismo, en la generación siguiente a Lenin, han sido Gramsci, Korsch y Lukács. De los tres el menos conocido es, hasta el momento, Karl Korsch (1886-1961), inspirador del ala izquierda de la *Internacional Comunista*. En el presente artículo Adolfo Sánchez Vázquez analiza los trabajos teóricos de Karl Korsch, trabajos nacidos en una época particularmente agitada, en la que se ponían a prueba muchas de las concepciones del marxismo.

prolongará todavía algunos años en el curso de los cuales figura como director de *Die Internationale*, órgano teórico del partido, diputado del Reichstag y delegado al V Congreso de la III Internacional, que se celebra en Moscú en 1925. Los ataques de que es objeto su libro por Zinóviev en dicho congreso y, particularmente, su actitud frente a la política exterior soviética, que se manifiesta sobre todo en su condena del tratado germano-ruso, conducen a su exclusión del partido en 1926.

Desde entonces se consagra a una actividad teórica sobre cuestiones diversas; en ella destaca su prólogo a una nueva edición alemana del tomo I de *El capital*. La llegada de Hitler al poder le hace abandonar Alemania y trasladarse primero a Dinamarca y más tarde a Inglaterra hasta que en 1936 se instala definitivamente en los Estados Unidos. Aquí publica en 1938 su libro *Karl Marx*, en el que se ocupa de su doctrina como concepción de la sociedad, de la economía política y de la historia. Las vicisitudes de su vida y su obra no le han apartado de su visión original, aunque ahora insiste sobre todo

en la teoría de Marx no como filosofía sino como ciencia social: "En cuanto ciencia materialista del desarrollo contemporáneo de la sociedad burguesa, la teoría marxista es, al mismo tiempo, una guía práctica para el proletariado en su lucha por realizar la sociedad proletaria". Korsch afirma su fidelidad al pensamiento de Marx, pero destacando lo que, en su juventud, parecía olvidar: su cientificidad. Ciertamente, el tono fogosamente polémico e incisivo de sus trabajos juveniles, queda atrás, aunque permanece en pie aquella aspiración de años lejanos de dinamizar al marxismo, de ponerlo en consonancia con el movimiento de la realidad. Es lo que reafirma ahora al manifestar, quince años después, que su propósito es exponer a Marx saliendo al paso del procedimiento supuestamente "ortodoxo" de citarlo al margen de su tiempo y de las condiciones históricas que hay que tener presentes para su interpretación materialista.

KORSCH Y LUKACS

Los hitos fundamentales de la vida de Korsch presentan ana-

logías sorprendentes con los de Lukács hasta el punto de que en una comparación nada forzada podría hablarse de vidas paralelas. Este paralelismo no sólo se da en su actividad teórica al aparecer en 1923 —año crucial para ambos— sendas obras (*Historia y conciencia de clase*, *Marxismo y filosofía*) que responden a preocupaciones comunes: salvar lo que ambos coinciden en considerar como el meollo originario de la doctrina de Marx. Se trata de un paralelismo en la vida real misma. En efecto, sacudidos por el tremendo impacto de la primera matanza mundial que los arranca de un quehacer primordialmente teórico, ambos encuentran la razón de sus vidas en la actividad práctica desde las filas del Partido Comunista. Ambos —como ministros— viven dos efímeras y apasionantes experiencias históricas: las revoluciones alemana y húngara. Deslumbrados por el empuje de una práctica revolucionaria a la ofensiva, ambos comparten posiciones ultraizquierdistas que se resisten a abandonar incluso cuando baja la marea de la revolución, y entran, por ello, en conflicto con los partidos en que militan.

Hasta aquí el paralelismo; después, al acercarse la década del 30, sus vidas se separan: Korsch, combatido por su ultraizquierdismo, acaba por ser excluido de las filas del partido; Lukács, criticado primero, por el propio Lenin, por sus posiciones izquierdistas y, más tarde, acusado de oportunista por sus famosas "Tesis de Blum", logra esquivar la exclusión. Lukács responde a sus detractores con una autocrítica; Korsch, con una "anticrítica". Sin embargo, al cabo de los años, después de su peregrinación por universidades europeas y norteamericanas, la anticrítica de Korsch desemboca en una crítica casi total, en una verdadera abjuración del marxismo, mientras que Lukács, como un nuevo Galileo, que se autocritica por razones tácticas, llega al final de su existencia, reafirmando —en un rejuvenecimiento de su marxismo crítico, originario— lo que en su juventud fue la razón de su vida. Las vidas paralelas se separan totalmente en el último tramo: Korsch muere calladamente, vacío de sí mismo, como el que muere en un valle olvidado; Lukács, el viejo Lukács golpeado durante tantos años por todos, muere pleno de sí, cargado aún de proyectos; discutido, sí, incluso con encono, pero entre el reconocimiento general, salvo el de algunos pigmeos que aún empuñan la vara de la ortodoxia stalinista.

TEORIA DE LA REVOLUCION

El problema central para Korsch es el de fijar la verdadera relación del marxismo como filosofía y la realidad. Concebida originariamente como teoría de la revolución social, la doctrina de Marx se ha convertido, por obra de un marxismo ortodoxo, en una teoría "pura" que no conduce a ningún imperativo práctico, aunque sirva para salvar, en definitiva, una práctica reformista. Esta actitud implica una interpretación negativa de las relaciones entre marxismo y filosofía: es decir, una negación del contenido filosófico propio de la doctrina de Marx. En este terreno se encuentran los intelectuales burgueses y, particularmente, los teóricos marxistas de la II Internacional. El marxismo se reduce así a una teoría de la sociedad o a una crítica científica de diversos aspectos de la sociedad moderna burguesa que no desemboca necesariamente en una praxis revolucionaria. El marxismo —en su núcleo originario, es decir, como teoría de la revolución social— mantiene un nexo indisoluble entre la teoría y la práctica, pero los marxistas ortodoxos de la II Internacional, al reducirlo a una crítica científica destruyen ese nexo. Ahora bien, para Korsch, su carácter filosófico y su naturaleza práctica revolucionaria son inseparables, como lo son la teoría y la práctica. De ahí que, a juicio suyo, el olvido del carácter revolucionario práctico (como lo olvida el reformismo) se ex-

prese, a su vez, en el desprecio de los teóricos socialdemócratas por su contenido filosófico y, en general, en el olvido de los principios de la dialéctica. Así, pues, para Korsch restablecer la relación interna entre la teoría y la praxis significa restablecer la verdadera relación entre el marxismo y la filosofía e, indisolublemente con ello, salvar la dialéctica.

En el trabajo de Korsch, de 1923, su crítica de la relación negativa de marxismo y filosofía y de la consecuente separación de teoría y praxis va dirigida fundamentalmente contra los marxistas ortodoxos de la socialdemocracia que mantienen, de acuerdo con esa desvinculación, una concepción científica-positivista en el terreno de la teoría y una posición reformista, no revolucionaria, en la práctica. En cuanto a las posiciones de la III Internacional, de una de cuyas secciones más importantes es todavía militante, Korsch reconoce que Lenin, como teórico y práctico, ha recobrado la conciencia de la relación interna que el marxismo revolucionario establece entre la teoría y la praxis (conciencia visible particularmente en el posfacio a *El Estado y la revolución*, escrito en vísperas de la experiencia revolucionaria de octubre de 1917).

Sin embargo, aunque cautelosamente, apunta ya una crítica que sólo desplegará a tambor batiente en su *Anticritica*, unos años después. La empresa de revivir el marxismo original a que se entrega la III Internacional y, de modo particular, Lenin, exige, después de la toma del poder político por el proletariado, el planteamiento de la cuestión fundamental —la cuestión que los teóricos de la social democracia han resuelto negativamente: ¿cuáles son las relaciones entre la filosofía y la revolución? La llamada de atención de Korsch no es todavía tanto una crítica a una situación teórica y práctica ya existente, como la indicación de un vacío —particularmente en el plano teórico— que hay que llenar, restableciendo la verdadera relación entre marxismo y filosofía, lo que equivale asimismo —como hemos tenido ocasión de subrayar— a restablecer la relación interna entre teoría y práctica, la coincidencia de la conciencia y de lo real como característica de la dialéctica materialista.

MARXISMO Y FILOSOFÍA

El recurso de Korsch consiste en negar una doble "pureza" de la teoría (como crítica científica sin consecuencias prácticas, en un caso; como saber aparte y guía, en otro) para afirmar en cambio su interioridad, su carácter expresivo. Con ello, la teoría pierde su "pureza" y se integra en la práctica como un elemento interno de ella. Sin embargo, Korsch no logra reivindicar la verdadera función práctica de la teoría (*Tesis (XI) sobre Feuer-*

bach, de Marx), ya que ella no sólo expresa o refleja la praxis (aspecto fundamental, subrayado por Korsch) sino que la esclarece y, de este modo, contribuye a transformar lo real (aspecto cognoscitivo que palidece en Korsch). La teoría no es sólo lenguaje de la práctica o espejo en el que podemos contemplar su rostro; es asimismo un indicador en medio de la marea que apunta a tierras inexplorables de la unidad de la teoría y la práctica.

Todo el texto de Korsch tiende a rechazar la relación entre marxismo y filosofía o entre marxismo y realidad, como una relación de teoría y práctica que niegue el momento de la interioridad. De ahí su hincapié en el carácter inmediato, directo o expresivo de esa relación. Pero este carácter expresivo se transparenta sobre todo en una práctica revolucionaria ya constituida o en movimiento y no en una práctica que hay que promover o constituir. Por eso se explica la aparición de *Marxismo y filosofía* en 1923, es decir, en un momento en que la práctica revolucionaria parece avanzar como "prólogo de la revolución mundial" (Lenin). Pese a las dificultades asombrosas con que tropiezan los bolcheviques en esos años y a los altibajos de la marea revolucionaria, Korsch —como Lukács y, en general, los ultraizquierdistas europeos— cree que, efectivamente, se está escribiendo el prólogo de la revolución mundial. Pero pronto cae el telón; la perspectiva revolucionaria mundial se aleja para reducirse, en medio de la relativa estabilización del capitalismo, a la "construcción del socialismo en un solo país".

UN PENSAMIENTO VALIDO

Los textos de Korsch no han perdido su validez en nuestros días, justamente porque en ellos se reafirman con trazos no menos vigorosos, su debilidad y su fuerza. Los límites con que tropezó su concepción hace cinco o cuatro décadas son los mismos con que tropieza hoy: hacer de la teoría la expresión directa e inmediata de la práctica revolucionaria. Pero la crítica de Korsch conserva, asimismo, su sentido y su acento, aunque ya estén lejanos los días del reformismo y positivismo de la vieja socialdemocracia, y aunque el stalinismo haya perdido la preeminencia que tuvo hasta hace unos años; su crítica vale como una advertencia constante contra toda tendencia a la exterioridad absoluta en las relaciones entre la teoría y la práctica, ya sea que ésta se presente en forma de una burocratización de las vanguardias o en las concepciones elitistas de un blanquismo reverdecido, ya sea que adopte la forma de un nuevo teorismo u objetivismo científico que haga del marxismo una ciencia aparte y absoluta que a la práctica sólo toca aplicar.

Una proposición para IU

Ricardo Letts

El 20.12.82 entregué al c. Alfonso Barrantes, presidente del CDN-IU, una proposición pidiéndole que la presentara al organismo que preside. Barrantes la recogió con inocultable entusiasmo, pues coincidía plenamente con su propia posición. Días más tarde, muy apenado, me informó que el CDN "había archivado la propuesta sin siquiera discutirla". Me informó también que habían asistido todos sus miembros salvo uno, el representante de VR. Ahora, con ánimo unitario, creo conveniente que se conozca públicamente.

CINCO PROPOSICIONES DE PRINCIPIOS ORGANIZATIVOS Y MEDIDAS PRACTICAS PARA LA ORGANIZACION DE LOS COMITES DE BASES DE LA IU.



1) ¿Qué son los Comités de Base de IU?

Son los únicos organismos de base de la IU.

Son los depositarios de la capacidad de mandar dirigentes de IU.

Son la estructura básica de funcionamiento democrático de IU.

Son la forma orgánica a través de la cual la IU se enlaza, se suelda o se enraiza en las masas populares.

2) ¿Quiénes son miembros de los Comités de Base de la IU?

Todos los ciudadanos peruanos que, habiéndolo solicitado, hayan sido admitidos.

Para ser miembro se deberá jurar los principios organizativos y el programa de IU.

Para ser admitido como miembro fundador del Comité deberá contar con la aprobación del propio presidente del CDN de IU.

Para ser admitido como miembro de un Comité ya constituido será necesario contar con el respaldo de tres miembros de éste.

No serán admitidos como miembros los afiliados a partidos políticos que no sean los partidos de IU o los que expresamente sean señalados por el Comité Directivo Nacional (CDN) de IU.

3) ¿Cómo funcionan los Comités de Base de la IU?

Tendrán una base organizativa de cualquiera de tres tipos:

a) Territorial - sea por cuadra, por manzana, por barrio, sector, zona, distrito, etc. Sin superposiciones.

b) Laboral - por centro de trabajo

c) Profesional - por rama de actividad.

Un militante de IU podrá tener simple, doble, o triple pertenencia a Comités de Base pero sólo en una de ellas ejercerá capacidad de mandar delegados o dirigentes; ésta estará especificada de antemano.

Todo militante de IU tendrá derecho al uso de la pala-

bra en las asambleas de cualquier Comité de Base de IU.

Sólo se tendrá derecho al voto en el Comité de Base en que uno se encuentre inscrito por derecho: territorial, laboral o profesional.

Los Comités de Bases se reunirán en asambleas de todos los miembros con una periodicidad regular previamente establecida, en fecha, lugar y hora previamente establecidas y públicamente anunciadas. La periodicidad no será mayor de una reunión cada dos meses.

Las asambleas tendrán sus votaciones normalmente por voto nominal; a pedido de cualquier miembro se consultará el voto secreto. Bastará el respaldo de tres miembros presentes para que proceda el voto secreto.

Las asambleas elegirán a las Juntas Directivas de los Comités de Base constituidas por tantos miembros y tantos cargos como cada comité disponga. El mínimo será de tres: un responsable que presidirá; un segundo responsable encargado de actas y archivos; y un tercer responsable encargado de economía y finanzas.

Los Comités de Base funcionarán organizados en Comisiones según las actividades y responsabilidades. Los responsables de las Comisiones que se vayan constituyendo se irán sumando a la Junta Directiva.

4) ¿Cuáles son los deberes y derechos de los miembros de los Comités de Base de la IU?

Los militantes de los Comités de Base de la IU deberán cumplir con respetar, aplicar y hacer aplicar los principios organizativos, el programa y los demás acuerdos que se vayan adoptando en la IU.

Deberán, asimismo, asistir a las asambleas, participar activamente presentando y defendiendo sus puntos de vista; y cotizarán regular y puntualmente según se hayan comprometido, de acuerdo a sus posibilidades.

Tendrán derecho a voz y voto; a ser elegidos a puestos dirigentes, en su Comité y en instancias superiores.

Podrán mantener posiciones de minoría —en discrepancia con la mayoría— y a persistir en sus posiciones luchando por persuadir a la mayo-

ría a que enmiende su punto de vista.

Podrán formular críticas de posiciones y de actuaciones o conducta de organismos o dirigentes, procurando su rectificación; siempre cuidando la relación fraternal y la unidad de la organización.

Podrán apelar las decisiones de las cuales discrepen y llevar sus apelaciones hasta las instancias más altas de la organización.

5) ¿Cuáles son las relaciones de los Comités de Base con los organismos superiores y con el CDN?

Los Comités de Base se irán haciendo representar en organismos superiores que agruparán a varios comités de base, de acuerdo a una norma regular y permanente proporcional y piramidal exactamente igual desde el punto de vista de la representación numérica de miembros a todos los niveles y en todas las circunstancias. Esta norma podrá ser de 1 x 5 o de 1 x 7 (2, de 6 a 10; o de 8 a 14, etc.).

Los organismos superiores a los Comités de Base tendrán exactamente las mismas normas de funcionamiento de éstos. Deberán funcionar en asambleas periódicas, regulares, convocadas de manera establecida con fecha, hora y lugar predeterminado y pública convocatoria. Nombrarán sus Juntas Directivas para las funciones permanentes, entre asamblea y asamblea, y se registrarán por el mandato mayoritario de éstas. Los Comités de Base se harán representar en estas asambleas de acuerdo a la norma proporcional de miembros ya señalada.

El CDN de la IU será el único organismo de la IU que se integre por delegación de partidos y según las normas que existen actualmente.

Una vez realizado el Congreso Nacional de la IU, en función de la representación democrática de los Comités de Base existentes y en base a la proporcionalidad establecida desde ya, el organismo dirigente máximo será constituido por una combinación de delegados de partido (en caso de persistir éstos) y delegados elegidos en el congreso de acuerdo al mandato de los Comités de Base en éste representados.

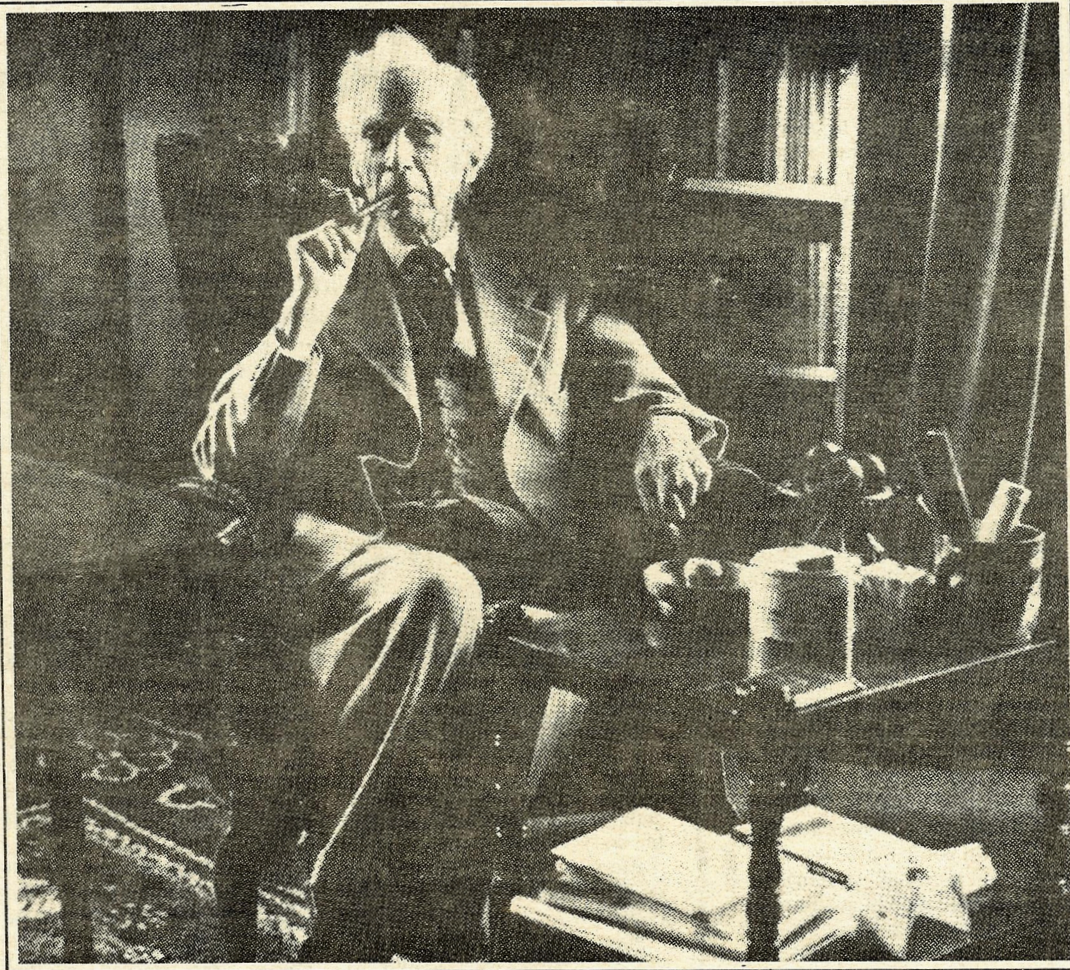


En un mundo sacudido por sucesivas revoluciones, donde las esperanzas más descabelladas o las utopías más soñadas parecen posibles, y en el que simultáneamente la pena de muerte más atroz pesa sobre la humanidad como una posibilidad real, Bertrand Russell intentó encontrar respuestas. No es de extrañar entonces que se le condenara por defender a objetores de conciencia durante la Primera Guerra Mundial, que se le marginara por inmoral por sus ideas en cuanto a la moral tradicional, acusado de traidor por su pacifismo, de reaccionario por no creer en el comunismo leninista, de izquierdista por condenar la intervención norteamericana en Vietnam, de utópico por colaborar con Amnistía Internacional, o de degenerado por amar una y otra vez y proclamarlo con una alegría a la cual no estaba dispuesto a renunciar.

LEALTAD A LA ESPECIE HUMANA

Descreído de dios, confiará en la ciencia, esa "religión moderna": "Puede ayudarnos a vencer ese miedo cobarde con el que la humanidad ha vivido durante tantísimas generaciones", pero en 1955 se ve obligado a lanzar un llamado angustioso a la opinión pública. Firma un documento con Albert Einstein, en donde afirman que "el público en general, e incluso muchas personalidades que ocupan posiciones de autoridad, no han comprendido lo que representaría una guerra en bombas nucleares... Una bomba H podría arrasrar ciudades como Londres, Nueva York o Moscú... Nadie sabe con qué amplitud pueden difundirse las letales partículas radiactivas, pero las autoridades más competentes reconocen unánimemente que una guerra termonuclear puede con toda probabilidad poner fin a la raza humana... Eminentes hombres de ciencia y autoridades en estrategia militar han lanzado advertencias, sin decir que lo peor ha de llegar forzosamente; pero sí dicen que hay que esperarlo y que nadie puede estar seguro de que sea posible evitarlo. Este es, pues, el problema, sólido, aterrador e inevitable: si la humanidad no renuncia a la guerra, la guerra pondrá fin a la humanidad...".

El "pesimista feliz", como decía de sí mismo, no pudo resignarse a que estos apocalípticos pronósticos se convirtieran en la realidad absoluta, y se atrevió a plantear la necesidad ética de desobedecer al Estado y de ser desleal a sus intereses: "Esta cuestión de la lealtad es el punto capital. Hasta ahora, tanto en el Este como en el Oeste, la mayoría de los científicos, como la mayoría de otras personas, han considerado que por encima de todo está su lealtad a su propio Estado. Pero ya no tienen derecho a pensar así. Su lugar debe ocupar-



Bertrand Russell La edad de la esperanza

Ricardo Lorenzo

El próximo miércoles 2 de febrero se cumplirán trece años de la desaparición de Bertrand Russell, filósofo, sociólogo, pedagogo, ensayista y tercer conde de Russell, y sobre todo —aunque la expresión no sea la más afortunada— uno de los hombres contemporáneos que más se ha preocupado, y angustiado, por la formulación y práctica de la ética que corresponde a nuestro siglo. Digno sobreviviente de una época, implacable testigo y abogado defensor de los que sufren, luchador incansable para conjurar los peligros que nos amenazan, tuvo la edad de la esperanza, y, también, la edad de la ternura.

lo la lealtad a la especie humana... No deseo que se piense que sugiero la traición, puesto que la traición no es más que una transferencia de lealtad a otro Estado nacional. Estoy sugiriendo una cosa muy distinta, a saber, que los científicos del mundo entero se unan para ilustrar a la humanidad respecto a los peligros de una gran conflagración y para ingeniar procedimientos que la impidan... Es un deber difícil, que probablemente implicará represalias contra quienes lo cumplan. Pero, después de todo, han sido los trabajos de los científicos los que han originado el peligro, y, por esta razón, si no por otra, los científicos deben hacer cuanto esté a su alcance para salvar a la humanidad de la locura que ellos han hecho posible".

Golpea con fuerza en la aureola blanca que parece prote-

ger a los científicos. Afirma que desde los comienzos de la civilización, la ciencia ha estado ligada a la guerra, recordando la defensa de Siracusa por Arquímedes, las fortificaciones de Leonardo, la renta que recibió Galileo por calcular con inteligencia la trayectoria de los proyectiles. "Así, pues, no hay abandono de la tradición en la actual fabricación de bombas atómicas y de hidrógeno por parte de los científicos. Lo único nuevo es la extensión de su habilidad destructiva".

"TRES PASIONES SIMPLES, PERO ABRUMADORAMENTE INTENSAS"

Este implacable moralista, y conviene señalarlo, no se parece a los hombres justos de la Bi-

blia. No ha tenido vergüenza en decir que "tres pasiones simples, pero abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la Humanidad".

Su liberalidad será tan atrevida para la época que en 1940 las autoridades del New York City College revocan su nombramiento de profesor aduciendo que su moral no era compatible con los principios de la educación norteamericana. El obispo Manning de la Iglesia Episcopal Protestante afirma que es un "individuo corrupto... que ha traicionado su mente y su conciencia. Este profesor de inmoralidad e irreligión reducido al ostracismo por los ingleses decentes". Se le considera el "campeón del amor libre, de la promiscuidad sexual entre los jóve-

nes, del odio hacia los poderes". Un abogado, Goldstein, dice que sus obras son "lujuriosas, libidinosas, lascivas, venéreas, erotomaníacas, afrodisíacas, irreverentes, estrechas de criterio, mentirosas y desprovistas de fibra moral". El juez McGeehan, basándose en los libros *La educación y la vida buena*, *El matrimonio y la moral*, *La educación y el mundo moderno* y *Lo que yo creo*, revoca su nombramiento como docente y lo califica de "insulto al pueblo de Nueva York".

EL AMOR, EL SEXO, LA FELICIDAD

El hombre que merece semejante condena ha escrito: "... He buscado el amor, primero, porque comporta el éxtasis, un éxtasis tan grande que a menudo hubiera sacrificado el resto de mi existencia por unas horas de este gozo. Lo he buscado, en segundo lugar, porque alivia la soledad, esa terrible soledad en que una conciencia trémula se asoma al borde del mundo para otear el frío e insondable abismo sin vida. Lo he buscado, finalmente, porque en la unión del amor he visto, en una miniatura mística, la visión anticipada del cielo que han imaginado santos y poetas. Esto era lo que buscaba, y, aunque pudiera parecer demasiado bueno para esta vida humana, esto es lo que —al fin— he hallado".

En *La conquista de la felicidad* Bertrand Russell provoca la ira de los "cazadores de brujas" y la de los fabricantes de las desdichas: "El hombre feliz es el que no siente el fracaso de unidad alguna, aquel cuya personalidad no se escinde contra sí mismo ni se alza contra el mundo. El que se siente ciudadano del universo y goza libremente del espectáculo que le ofrece y de las alegrías que le brinda impávido ante la muerte, porque no se cree separado de los que vienen en pos de él. En esta unión profunda e instintiva con la corriente de la vida se halla la dicha verdadera".

Russell enfrenta las instituciones sociales y morales, proponiendo alcanzar la felicidad viviendo objetivamente, teniendo afectos libres e interesándose en cosas de importancia, asegurando la felicidad gracias a esos efectos e intereses, "y por el hecho de que le han de convertir a su vez en objeto de interés y de cariño para muchas otras personas".

En el plano sexual no es menos radical ni revulsivo: "*La moralidad sexual, liberada de la superstición, es una cuestión sencilla... Las relaciones entre adultos, que son agentes libres, son asunto privado, y en ellas no deben inmiscuirse ni la ley ni la opinión pública, porque ninguna persona ajena al asunto puede saber si esas relaciones son buenas o malas*".

GUERRA IGUAL A DESPOTISMO

Su prédica contra la guerra no es motivada inicialmente

El que se fue a Barranco...

Oswaldo Núñez

por la amenaza nuclear. Ya en 1916 se le multa con cien libras esterlinas por su defensa de seis objetores de conciencia, condenados por distribuir un manifiesto pacifista. Se declara autor del escrito y como se niega a pagar la multa, su biblioteca es puesta en venta, y son sus amigos quienes compran los libros. En 1918 es sentenciado a seis meses de prisión por un artículo en que citaba el informe de una comisión investigadora sobre la utilización de tropas norteamericanas contra huelguistas británicos.

Para Russell la guerra es el principal factor del despotismo. Cree que si alguna vez el mundo se viese libre del temor a la guerra bajo no importa qué forma de gobierno o de sistema económico, con el tiempo se hallarían medios para "reprimir la ferocidad de los gobernantes". Por otra parte, afirma que "toda guerra, pero especialmente la guerra moderna, promueve la dictadura, al hacer que los tímidos busquen un dirigente y al convertir a los espíritus más audaces de una sociedad en una jauría".

En el clima de guerra, sean en éstas frío o caliente, detesta esa psicología agresiva, patriótica, dispuesta a justificar cualquier atrocidad en nombre de ciertos valores, de ciertos símbolos. La guerra sería el espacio en donde todo está permitido en nombre de ideales absolutos, que no se pueden cuestionar. El poder se convierte en autocrático, el fanatismo en virtud a imitar, la intolerancia en signo de lealtad. Y es entonces cuando los holocaustos tienen lugar: los campos nazis, los bombardeos norteamericanos sobre Vietnam, los campos de "reeducación" en la URSS, la tortura masiva en Argelia y en Chipre, la represión indiscriminada en Irlanda del Norte, el desconocimiento de la nacionalidad a los palestinos, el genocidio de Camboya, los desaparecidos de Argentina, etcétera.

Russell en su labor contra la instrumentalización de la gente, ve en la educación autoritaria la muerte de la vida. Para un régimen opresor los niños son el material al que se le puede enseñar a comportarse como una máquina para promover los propósitos del poder: "La fantasía, la imaginación, el arte y la facultad de pensar habrán quedado destruidos por la obediencia; el gozo de morir habrá fomentado la receptividad en relación con el fanatismo... En las batallas a las que los llevaré —dice de los educadores autoritarios— unos morirán, otros vivirán; los que mueran lo harán exultantes, como héroes; los que vivan seguirán viviendo como esclavos, con esa honda esclavitud mental a la que los habrán habituado las escuelas".

En otras circunstancias Russell hubiera padecido la hoguera, el ostracismo o la total marginación. Pero aristócrata, brillante, británico, ciudadano del siglo XX, pudo enfrentar las normas

de esta cultura, sin correr los riesgos más extremos, uno de los cuales podría haber sido la locura. Sin embargo, las ventajas de que disponía no lo ablandaron. No hubo tabú, no hubo conflicto o sufrimiento que no analizara con consecuencia. Su pasión por la vida, por el amor y por la libertad le impedían hacer concesiones.

A los 97 años, cinco meses antes de su muerte, se dirigía a los periódicos para pedir por los checos: "Es absolutamente necesario defender las vidas de aquellos cuyo único crimen fue la primavera checa de 1968". En 1966, propuesto por él, se constituía el Tribunal Internacional para juzgar los crímenes de la guerra de Vietnam. Es difícil encontrar otra personalidad que se haya preocupado tan intensamente y de manera tan imparcial por los derechos humanos.

EPILOGO

Autor de 68 obras, en 1950 se le concede el Premio Nobel de Literatura "en consideración a la multiplicidad e importancia de sus actividades literarias, por las que se significa como un paladín de la humanidad y de la libertad de pensamiento". Y hay más. Su dedicación a las matemáticas. Dedicó diez años a colaborar con A.N. Whitehead para la composición de *Principia Mathematica*. Viaja por Europa, Estados Unidos, China, Japón, Australia. Es candidato a diputado en dos oportunidades, vencido en ambas. Renunció al Partido Laborista por su política en relación a Indochina. Participa del Congreso Internacional de Filosofía en París. Su actividad es desconcertante.

Hay algo que nos ayuda a definirlo. A los catorce años estaba convencido de "que el principio fundamental de la ética debía ser la promoción de la dicha humana, y, al principio, esto me pareció tan evidente que supuse sería una opinión universal. Luego, con sorpresa de mi parte, descubrí que era una opinión considerada heterodoxa y denominada utilitarismo".

Halló que la vida era digna de vivirse y afirmaba que con gusto volvería a vivirla si se le ofreciera la oportunidad. De-seaba entender el corazón humano: "He tratado de aprehender el poder pitagórico en virtud del cual el número domina el flujo. Algo de esto he logrado, aunque no mucho. El amor y el conocimiento, en la medida en que ambos eran posibles, me transportaban hacia el cielo. Pero siempre la piedad me hacía volver a la tierra. Resuena en mi corazón el eco de gritos de dolor. Niños hambrientos, víctimas torturadas por opresores, ancianos desvalidos, carga odiosa para sus hijos, y todo un mundo de soledad, pobreza y dolor convierten en una burla lo que debería ser la existencia humana".

Las reacciones del público durante el espectáculo son absolutamente dispares. Después del espectáculo: peor. Mientras unos dicen que es una obra destinada a desprestigiar a la izquierda y que tanto autores como actores han bebido de los abrevaderos de la CIA; otros más benevolentes, dice que ESA (así, con mayúsculas) no es la izquierda y que, por tanto, no hay por qué acalorarse. Hemos escuchado a algunos decir que es magnífica y a otros que es "basura pequeño-burguesa" digna de aparecer, si fuera posible y para que nadie vaya, en la columna de "Lo peor de la semana" Para todos hay. Es una obra polémica *El que se fue a Barranco...* de León y Larco, y es polémica la puesta que sobre ella magníficamente ha hecho el grupo "Telba" precisamente... en Barranco. El que quiera hallar política, dice León, que la busque. Igualmente feminismo, homosexualidad, decadencia, una mala obra o una buena obra, vaya también. Hay, como dijimos, para todos. Todo depende de en qué parte del escenario se siente usted.

UN RETRATO SOCIAL

Si algo puede decirse de esta obra (basta leer las críticas de los periódicos y los comentarios de la gente al salir de la función), es que la mayoría coincide en que se trata básicamente de un buen retrato social. La fotografía teatral, semi balzaquiana, de un sector de clase —la pequeña burguesía limeña— con las características que a ésta le imprimió el proceso de transición que el país empezó a vivir desde fines de la década del 50 y cuyo desenlace aún parece no haber nadie capaz de predecir.

Fue, en efecto, a fines de los años 50 y principios de los 60 que el país empieza a verse de manera diferente. La modernización de la economía, el crecimiento del aparato del Estado y la subsecuente incorporación de nueva burocracia y tecnocracia estatal, la expansión de los trabajadores de servicios, las migraciones y la urbanización son todas puntas del mismo poliedro histórico en el que se inscribe la decadencia del modelo de la dominación oligárquica tradicional. Es también la época de la emergencia de nuevos y más decididos actores sociales, capaces y dispuestos a apostar por el cambio del estado de cosas que prevalecía en el Perú.

La retracción de la izquierda tradicional, la opacidad del APRA y su nula y desechada atracción como ideología y praxis de transformación revolucionaria, conjuntamente con los movimientos campesinos de la sierra, centro y sur del país,

alentaron a importantes contingentes universitarios y de la pequeña burguesía de la época a enrolarse en una nueva experiencia que se llamó —que se llama todavía— "la nueva izquierda". Son los años de constitución, al calor y bajo aliento de la revolución cubana, del APRA Rebelde y posteriormente del MIR; de la aparición de VR y sus posteriores rupturas; son los años del movimiento guerrillero de Javier Heraud, de De la Puente, Lobatón, Juan Pablo Chang y muchos más. La época de las revueltas de París; de Velasco y la revolución de los generales, de "Expreso", de "Marka", de "Amauta", "Labor" (el excelente suplemento laboral del diario "La Prensa") y de "Jornal". Es el tiempo en que se funda DESCO y tantos otros centros de promoción e investigación social. Las feministas se presentan en sociedad y en San Marcos y otras pocas universidades del país, un sector de lo que se llamaba "los antifachos" empieza a caminar en dirección a lo que ellos ahora llaman la guerra popular: el PC del P. "por el Sendero Luminoso de Mariátegui".

A fines de los 60 se reconstituye la CGTP y años más tarde la CCP. Morales Bermúdez golpea y otros roban. La contrarreforma campea, la crisis económica también, adhiriéndose en la vida y en la muerte a los sectores bajos y medios de la población. El movimiento popular, por primera vez en la historia del Perú, hace un paro nacional. Acto seguido, como no, los militares convocan a elección.

Lo demás es historia conocida. Sobre este período, y parti-

cularmente sobre el que va de los años 77 al 80, es que "Telba", Larco y León fijaron sus miras y sobre el que han plasmado esta puesta teatral.

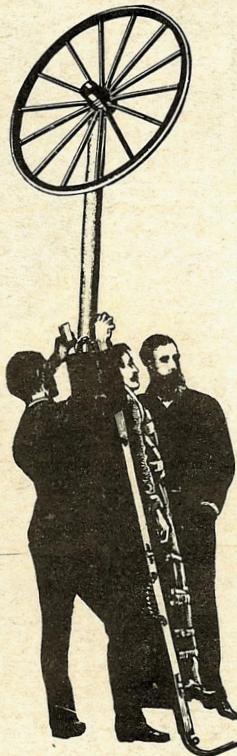
LOS QUE SE FUERON A BARRANCO...

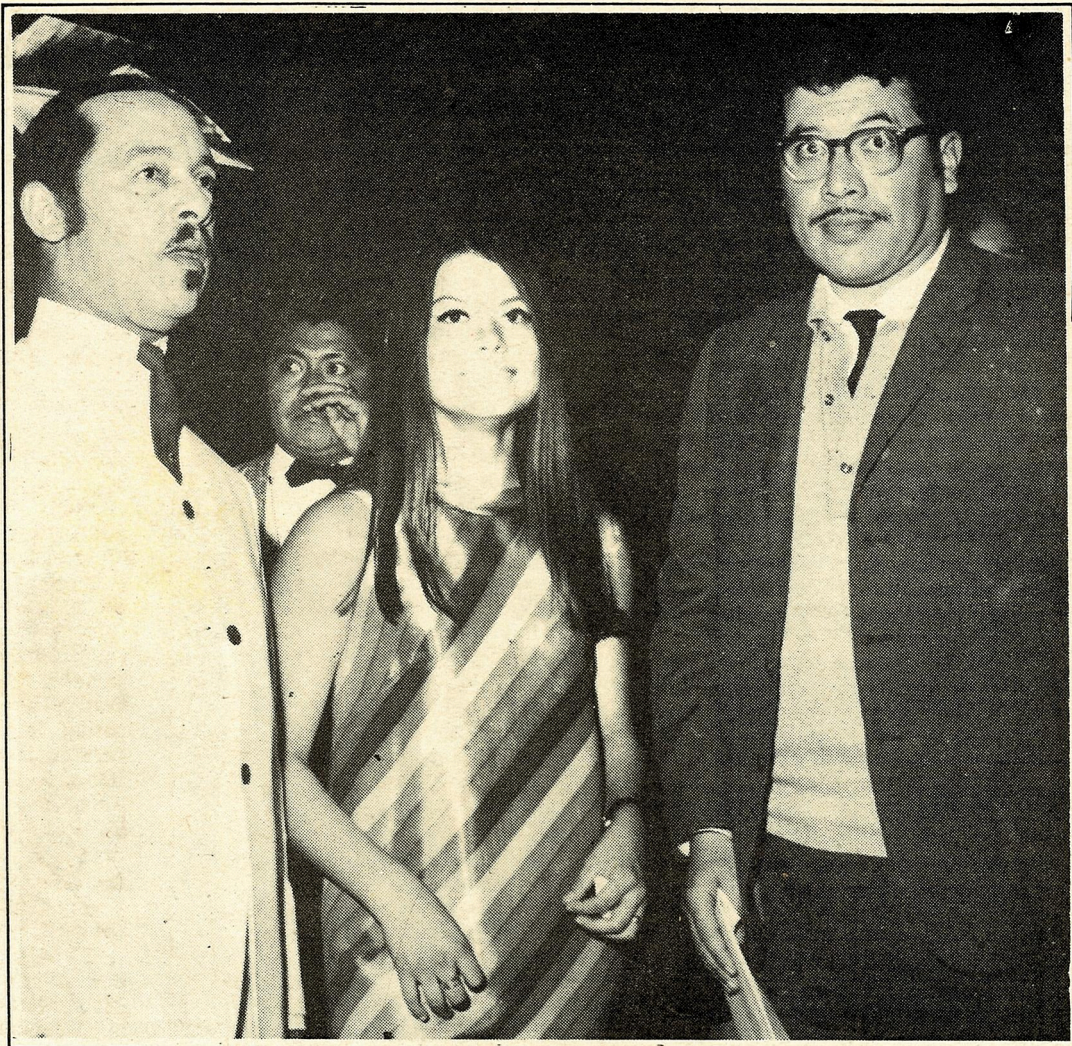
Una estudiante "pituquita de artes", una exiliada montonera que no es exiliada ni es montonera, un periodista (quizás de *El Diario*), un economista "de izquierda", una señora-señorita descasada, un corrosivo actor homosexual, una brillante exbecaria en el extranjero, la querida de un militar, la administradora de la pensión y un sobrino de administradora de pensión, tal el universo social del que se valen los autores para trazar su retrato social. Tal la fotografía subyacente en toda la obra presentada bajo la forma de una comunidad marginal que convive en una pensión barranquina próxima a desaparecer.

La integración de las problemáticas individuales que traduce cada personalidad y que son incorporadas al conjunto de la obra a lo largo del discurso teatral, el entrecruzamiento de códigos y un adecuado manejo de la estructura escénica y espacial, dan como resultado, a nuestro juicio, un logrado y coherente discurso teatral. Se trata de una obra que sin constituir conscientemente un sociodrama o un sicodrama (o lo que los rebuscados llaman la "dramoterapia social"), tiene la virtud de lograr una interesante simbiosis entre actores y espectadores, muchos de los cuales podrían fácilmente intercambiar su lugar. No resulta casual, por ello, escuchar en plena representación —como a veces se escuchan chismes en los cines— a determinados espectadores identificando en tal o cual personaje a un conocido de la vida real.

A diferencia de *La divina comedia*, de los mismos Rafael León y Fedor Larco, en que la extrema caricaturización de los personajes (Pepe del Salto, Pepe Lumpen, Lorena Tudela y la popularísima Pelo'epierna) no permitían una fácil auto-identificación, en esta nueva obra hay mucha gente que, de una forma o de otra, ha sentido un cierto impulso de decir *Tou-ché!* (tocado). O, claro de negarlo enfáticamente diciendo que nada de lo que allí se presenta puede verse en la realidad.

Es, a fin de cuentas, el mismo mecanismo por el cual cada domingo unos sonreímos contentos y otros no con "El lagarto sentimental", o por el cual Raymond Chandler, con su "Ventana siniestra", lograra la convocatoria airada de no me acuerdo si el pleno de una comisión política o de un comité central.





Pérez Prado, el genio; Gloria Vega, la bailarina; Paco Bendezú, el poeta

La Lima de los 50 Al son del mambo

Francisco Bendezú

Eran los años cincuenta. Gobernaba el Perú, Manuel A. Odría, el general de la alegría. Era la época de "la guerra fría" y Lima bailaba al son del mambo. Esta es la nostálgica crónica de aquellos tiempos, en la pluma de nuestro querido poeta Paco Bendezú.

¡1950! El 13 de enero, por la certera visión comercial y admirable voluntad del finado periodista chileno Orlando Cabrera Leyva, salía a las calles de Lima *Ultima Hora* tabloide que, como pude comprobarlo en Santiago, no era sino la morigerada y graciosa versión limeña del ágil, movido y casi coprolálico vespertino *Ultimas Noticias* de la capital del Mapocho. Desde el 27 de octubre de 1948 gobernaba el Perú Manuel A. Odría, el "general de la alegría". En 1950, precisamente, fue "elegido" abrumadoramente, tras mandar encarcelar, ¡acusándolo de extranjero!, al digno general Ernesto Montagne. Recuerdo que el mensaje a la nación del ex ministro de Educación del régimen del mariscal Oscar R. Benavides, lo redactamos de consuno Carlos E. Ferreyros y yo. Carlos y yo éramos vecinos y compañeros de ingreso a San Marcos el inolvidable año de 1945. ¡Cuánta agua

ha corrido bajo los puentes! Hoy, todos con más de 50 años, en diferentes sectores políticos, recordamos las jornadas de nuestra juventud colérica, inquieta e imbuida de altos ideales de justicia, grandeza y bienestar para nuestro pueblo engañado, expoliado, perseguido y reprimido sin piedad por los mandones de turno. Hoy, 30 de enero de 1983, hago un alto en el camino de la vida y proclamo que, sin lugar a dudas, los más grandes presidentes que el Perú ha tenido en este siglo, ¡no os sorprendáis, que vuestros hijos lo verán confirmado!, fueron el ilustre lambayecano

D. Augusto B. Leguía y el hijo del distrito de Castilla (Piura), el general de los pobres Juan Velasco Alvarado. Y continuó con mi crónica.

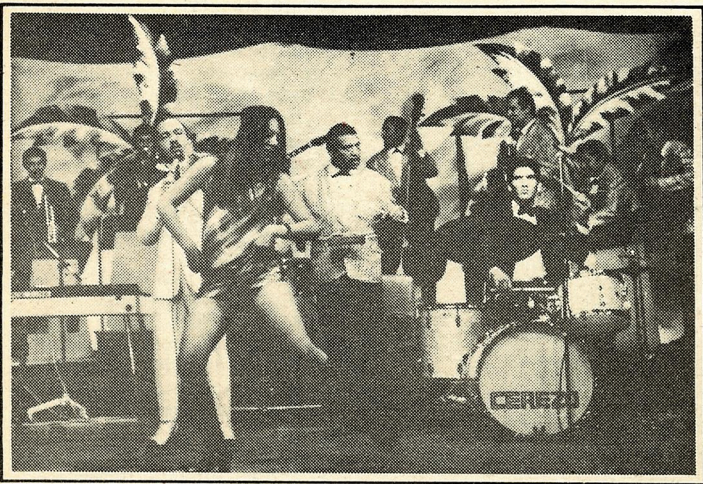
La década del 50 es la de la "guerra fría"; la de la "guerra sucia" de Corea —que en nuestra patria produjo un falaz clima de prosperidad—; la de la salvaje electrocución de Julius y Ethel Rosenberg, torva y ligeramente acusados de espías; la de la abusiva, caprichosa y masiva deportación de más de 50,000 peruanos a Chile (ya el Maestro Sánchez, en uno de sus formidables libros de juventud, había escri-

to sobre "el ritual destierro a Chile"), Argentina, Bolivia, Brasil y otros países, no los mencionados desde luego, en que campeaban el genocidio y la privación de los más elementales derechos humanos: Nicaragua, Paraguay, Ecuador, El Salvador, Guatemala, etc.; la del macartismo, la "caza de brujas" en Hollywood y la inicua marginación del supremo maestro de la novela policial de la escuela "hard boiled" Dashiell Hammet (1); la de la declaración de John Foster Dulles: "EE.UU. no tiene amigos sino intereses" (¡métanselo bien en la cabeza!) (2); la de la caída

de Arbenz en Guatemala por un militarillo mercenario de apellido Castillo Armas, quien pagó su traición con un tiro que le dispararon en una emboscada; la de la condena a garrote vil del comunista Girau en España, ¡quince años después de terminada la Guerra Civil (1936-1939)!; la del meteórico ascenso de Marilyn Monroe y Brigitte Bardot (3); la de la malhadada difusión de la televisión comercial y sus socavadores y farragosos "enlatados", con todo lo que tienen de saqueo subrepticio y liminal de las más puras esencias de las idiosincrasias nacionales respectivas; la del surgimiento en el jazz del "bop", el "progressive" y el "cool"; la de la boga del existencialismo, Boris Vian y la torturada y alquitarada poesía de Henri Michaux (4). Y, para el objeto específico de la presente nota, la década del 50 fue la del triunfal advenimiento del mambo del genial Dámaso Pérez Prado.

AL SON DEL MAMBO

Es extremadamente difícil definir el mambo. ¿Música elogiada calurosamente por Igor Stravinsky y otros compositores de su talla? ¿Baile maravillosamente rítmico, ricamente melódico, armónicamente insuperable? Yo conozco y he entrevistado a Pérez Prado. Es hombre de pocas palabras, no hosco, sin embargo. Es un músico integral. Después del mambo —que vendría, en cierta forma, a significar el hechicero, mago o sacerdote del culto vudú, pues que "mamba" es la practicante o emisaria de máxima categoría en esta secta de origen haitiano —Pérez Prado lanzó el "suby", el "dengue" —con Daisy Guzmán de bailarina— y el "taconazo" —con la joven y graciosa Gloria Vega—, pero ninguna de esas "variantes" o "novedades" alcanzó el éxito mundial de su primera creación. Recuerdo haber leído un titular del *Life* en español que rezaba a la letra "El tío sambo baila el mambo". Estaba la información profusamente ilustrada y con la típica y didascálica costumbre norteamericana, pues... ¡enseñaba a dar, con gráficos, los pasos del mambo! Ni en Lima ni en Latinoamérica había necesidad de tal didáctica. El mambo se llevaba en la sangre: chilenos, argentinos, colombianos, cubanos lo bailaban espontáneamente, sin indicaciones ni maestros. En Santiago el "cha cha cha" de Enrique Jorrín desplazó casi totalmente a mediados de la década a la sublime y primigenia inspiración de "Cara'e foca". No olvidaré nunca que en Roma me amanecí en un café o "trattoria" de manga ancha escuchando *Patricia*, puesta más de cien veces seguidas en la discorola "Wurlitzer" por un italiano sentimental y despechado a quien seguramente le había dado calabazas una de las diez mil *Patricias* de la Ciudad Eterna. En Lima, sobra consignarlo, el mambo acaparó, barrió y arrasó con todo otro



Fueron intensas noches de vino y rosas.

tipo de música, pese a la todas luces pacata y exagerada condena y hasta amenaza de excomunión que esgrimió el arzobispado de Lima para los que bailaran mambo, danza alegre, sanísima, gimnástica y sin el menor vestigio de pornografía o lubricidad. En Lima quien no supiera bailar mambo andaba más perdido que un gitano en el palacio de Buckingham o un muecín de la Meca en la basílica de San Pedro. Se formaron clubes de aficionados y "fans". Se organizaron maratones mamberas en Acho. El pueblo peruano, si bien no es cantante en grupo (¿timidez india?) está naturalmente dotado para el baile. Y siempre me ha extrañado que no se formen las rondas y vueltas de sardana que espontánea y dominicalmente brotan en la Plaza Mayor de Barcelona. Naturalmente no pretendo que sean de sardana, baile extraño a nuestro temperamento. Pero alguno habrá.

Estoy convencido que como *Barrilito de cerveza*, *St. Louis Blues*, *La Cumparsita*, *O sole mio*, *Torna Sorrento* o *El plebeyo*, nunca se borrarán de la memoria colectiva las clásicas piezas *Qué rico el mambo*, *Al son del mambo*, *Bongó, bongó*, *Enamorado*, *Alekum-Salem*, *El ruletero*, *Pianolo*, *Patricia*, *Mambo Jambo*, y *Mambo No. 8*. Me pregunto ¿quién recordará el 2000 una canción de Raphael, Manolo Otero, Bob Dylan, Joan Báez, Olivia Newton-John, Julio Iglesias y la aburrida sarta de muñecos de cuerda comerciales, bobos y sin vida propia, las estrellas, en fin, *ad usum* de todos los "disc-jockeys" actuales, incluida Cecilia Tait, que acaba de entrar en ese campo? Exceptuó a Nino Bravo, Modugno, Aznavour y Braessens. De todos los demás seguramente que nadie guardará recuerdo. Pérez Prado, en cambio, es inmortal como Pinglo o la primavera. Es hora de grabárselo, fieles lectores, para evitarse más tarde ingratas e ineluctables sorpresas.

Las grandes orquestas populares del 50 merecen párrafo aparte. Tres o cuatro captaban las preferencias del público: la de Pérez Prado, los "Habana Cuban Boys" de Armando Oréfi- che, la "Sonora Matancera" de Daniel Santos y Bienvenido

Granda y la que es para mí la mayor generadora de ritmo, sencillamente avasalladora en el "tempo acelerato", tan perfecta como las "máquinas" inconfundibles de "swing" de Fletcher Henderson, Duke Ellington, Jimmie Lunceford o Count Basie: el soberbio e inenarrable conjunto de Ramón Márquez (5). Reconozco que es un gusto personal, tan personal como el que me hace preferir entre las orquestas de jazz a "The Missourians" dirigidos por Cab Calloway. Pero, justamente, los gustos son para eso: para defenderlos y para mantener viva la llama del diálogo, consumir los cigarrillos y vaciar, al estilo inteligente de mis amigos Juan Acha, Leslie Lee, Julio Ramón Ribeyro, Toño Cisneros o Guido Silva Santisteban, las botellas, enviudarlas, y, al final, sorber los conchos de los vasos del divino néctar. Y eso lo practicábamos el 50 en torno a una poesía de Vallejo o Valéry, un texto de Lenin o Stalin, un solo de Barney Bigard (¿te acuerdas, Fernando González?) o un fraseo relampagueante de Charlie Parker (¿te acuerdas, Hernando Cortés?). Y el mambo presidía como un sol las fiestas con muchachas.

La década del 50 no fue la edad de oro. Pero a casi 35 años ¿no me puede justificar acaso Jorge Manrique?:

Como a nuestro parecer cualquiera tiempo pasado fue mejor.

EL TRIO DE ORO

Desde finales de la década anterior estaban de moda y abarrotaban los cines las grandes mamberas o batucanías María Antonieta Pons, Meche Barba, Mary Esquivel, Amalia Aguilar —tan querida de los peruanos—, Rosa Carmina, Kitty de Hoyos, Tongolele, Ninón Sevilla y varias otras menos famosas (6). En Lima, junto a las eléctricas y metronómicas "Dolly Sisters" surgieron tres fantásticas bailarinas que, doble contra sencillo, no se repetirán hasta el siglo próximo: Anakaona (née Consuelo Loyal), Mara (née Alejandrina Población) y la pimpante, pizpireta y fogosa Betty di Roma, mi favorita, como se habrá notado por los cariñosos epítetos. Reunían estas tres bailarinas talento, belle-



Gloria Vega y Pérez Prado, en una foto dedicada al autor del artículo.

za y simpatía. Lima las adoraba. El cine "Monumental", en donde solían actuar, parecía los días de función una central sindical de hogaño o el rebosante local político de un gran partido de masas. Anakaona, la más grave, solemne y elegante (y tal vez, ¿por qué no confesarlo?, la más bella) hacía delirar con sus retemblíos de flamenca y sus ondulaciones de cortesanas de la decadencia romana, a las plateas y galerías agitadas y sudorosas. Mara, la más misteriosa y poseedora de un "charme" que no se ha vuelto a dar en una bailarina nacional, conquistaba de un porrazo, con su sonrisa distante y ambigua, al más reacio, rampón y zafio auditorio. Era la predilecta de los intelectuales, con las excepciones de rigor. Anakaona era la "elegida" del tempranamente fallecido poeta Fernando Quispez Asín. Mara, sin discusión, constituía el sueño del hoy digno funcionario y prestigioso profesional Raúl Galdo, el editor Pepe Bonilla y el gran historiador y acucioso etimologista Juan José Vega, Pepe para los amigos de juventud. Betty di Roma era la "democrática" por excelencia, la "mamblera" tamaño familiar —no por su volumen corporal, pues era esbeltísima— sino por la legión de "fans" que la ansiaban y seguían. Sus ojos verdes, su sencillez y su dedicación ejemplar a la danza hacían soñar y la hacían querer como a una novia. ¡Ellas no saben cuántas puras noches de alegría juvenil les de-

bemos los que pasamos la base 5! ¡Se merecen un monumento en un parque o una plaza!

Las coristas de las "Bikini Girls" formaron un conjunto digno de parangonarse con las "Blue Bells", las guapas del "Lido" de París, las chiquillas del "Bim Bam Bum" de Santiago o las esculturales artistas del "Maipo" de Buenos Aires, cuando las comandaba la no hace mucho fallecida Nérida Lobato, hembra espléndida e inteligente cuya muerte no tuvo la resonancia debida por haber coincidido con los infaustos días del alevé, amargo e injustificable conflicto de las Malvinas. Queden los nombres de las "Bikini Girls" para el que algún día escriba la historia de nuestra romántica y alocada farándula: Judith Osorio, Nelly Watson, "Veronika", "Gladys" (la imponderable —¡Yo no fui!), Rosita Cortez, Delia Baudacho... ¿No merecen acaso nuestra gratitud estas chicas que nos divirtieron, aplacaron el ardor de nuestras frentes febriles, aliviaron nuestros ojos, alegraron nuestras vidas de universitarios y refrescaron nuestras pestañas quemadas por el estudio en bibliotecas y las investigaciones y consultas de manuscritos? ¿No echaron una cucharadita de azúcar en nuestra rigurosa indagación de Hegel y el marxismo? ¿Cómo quisiera abrazarlas a todas! Eran mariposas sonrientes que revoloteaban. Ahora están posadas quietas, con las alas plegadas, al borde

del río. Un río que desemboca en nuestro corazón tal vez cansado, tal vez desengañado, y estéril, tal vez irónico como la vida o un cuento de Chéjov, tal vez cargado de resinas y cenizas como el de Cervantes, tal vez iluminado de esperanza y amor, valor y lealtad como el de Antonio Machado y Miguel Hernández. Me dejo ir. . .

Por último —le comuniqué a Lucho Valera que mi remembranza no iba a pecar de sectaria, unilateral o maniquea— la década del 50 fue la de las grandes unidades escolares; el Ministerio de Educación Pública; el Hospital del Empleado del Seguro Social; la captura de las naves piratas del *turbo* y aviesos albañil greco-argentino Aristóteles Onassis —¡cómo lo celebramos, sin rencor político, todos unidos como buenos peruanos, en Santiago!—; el embellecimiento de Tarma; el cuatricentenario sanmarquino; el engrandecimiento de Tacna la Ciudad Heroica, hija dilecta de la patria; la agonía del tranvía, "zambo tenorio", según la metáfora acuñada por Martín Adán y "eléctrico", según el decir de los viejos limeños de la Lima cuadrada y, finalmente, la del gran triunfo de nuestra primera y única Miss Universo Gladys Zender Urbina (1957).

Y todo ello hace 30 años, que espero no sean los treinta años dulcemente melancólicos y terriblemente desesperados del gran poeta lituano Oscar Vencelas de Lubicz Milosz. ¡Habrá dispuesto *sine día* un "Crepúsculo para Ana", como lo querrá siempre mi entrañable amigo Manuel Scorza! Y un "millón de pájaros de oro, oh futuro vigor" para el Perú. La vida de un país no es un soplo. La vida de un hombre, con una inflación de 10 puntos más, como conviene a tiempos de crisis, quizá... como en el tango inmortal.

¡1950! Qué lejos estás. Y, con todo, ¡cuán cerca de mi vida!

(1) Lillian Hellman, compañera de Hammet, pinta un vívido fresco de esa era negra en *Tiempo de canallas* (México, FCE, 1981).

(2) En descargo de Dulles consignaré que este siniestro reaccionario no se opuso al matrimonio de su hermosa hija con un negro.

(3) También, y sobre todo, la del vuelo orbital del "Sputnik" de Yuri Gagarin y el Premio Nobel (1959) del cantor de la hazaña, el gran poeta italiano Salvatore Quasimodo.

(4) Su esposa murió abrasada por un vestido de fibra plástica. También los "plásticos" iniciaban (hasta hoy) su abominable reinado. Los metales nobles se empezaban a destinar para armamentos.

(5) Basta escuchar los primeros compases de *El pachuco bailarín*, *Suby universitario*, *Chivirico*, *Chivirico a la Billy May*, *India bonita*, etc.

(6) Rosita Quintana, Emilia Guíú, Carmen Montejo, Miroslava, Sofía Álvarez, Charito Granados, Andrea Palma (grandes actrices) y la deliciosa tapatía Ana Bertha Lepe, reina de belleza de México (1957), no tuvieron empacho en mostrar, en atrevidos números de baile, sus espléndidas piernas y caderas.



Era una noche oscura y lluviosa del verano de 182... Un joven teniente del 96 regimiento, de guarnición en Burdeos, se retiraba del café donde acababa de perder todo su dinero. Maldecía de su estupidez, pues era pobre.

Seguía en silencio una de las calles más solitarias del barrio de Lormont, cuando de pronto oyó unos gritos y de una puerta que se abrió con estrépito salió una persona que vino a caer a sus pies. La oscuridad era tan profunda que sólo por el ruido se podía adivinar lo que pasaba. Los perseguidores, quienes quiera que fueran, se detuvieron en la puerta, probablemente al oír los pasos del joven oficial.

Este escuchó un instante; los hombres hablaban en voz baja, pero sin acercarse. Por mucho que le contrariase la escena, Liéven se creyó en el deber de levantar al caído.

Notó que estaba en camisa; a pesar de la densa oscuridad de la noche —serían las dos de la madrugada—, creyó entrever unos largos cabellos sueltos: era, pues, una mujer. Descubrimiento tal no le fue nada grato.

La mujer parecía incapaz de andar sin ayuda. Para no abandonarla, Liéven hubo de pensar en los deberes que prescriben la humanidad.

Veía ya el fastidio de comparecer al día siguiente ante un comisario de policía, las bromas de sus camaradas, los relatos satíricos de los periódicos de la provincia. "Voy a apoyarla contra la puerta de una casa —se dijo—, llamaré y me iré corriendo". Así intentaba hacerlo, cuando oyó a la mujer quejarse en español. El mozo no sabía nada de esta lengua. Acaso fue por esto por lo que las dos palabras muy sencillas que pronunció Leonor le sugirieron las ideas más románticas. Ya no vio un comisario de policía y una furcia maltratada por unos borrachos; su imaginación se perdió en ideas de amor y de aventuras singulares.

Liéven había incorporado a la mujer y le dirigía palabras de consuelo. "Pero ¿y si fuera fea?", se dijo. Esta duda, poniendo en juego su razón, le hizo olvidar las ideas romancescas.

Liéven intentó hacerla sentarse en el umbral de una puerta, mas ella se negó.

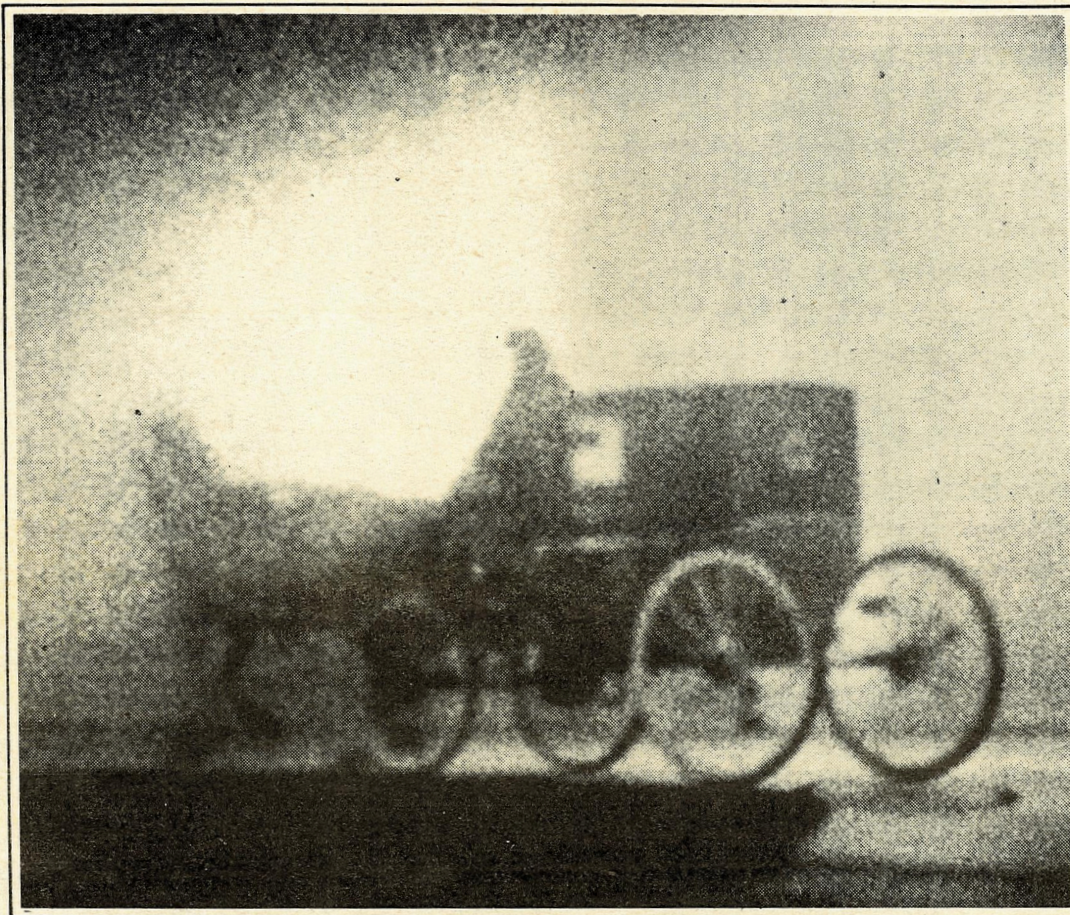
—Vamos más lejos —dijo con un encanto completamente extranjero.

—¿Tenéis miedo de vuestro marido? —preguntó el joven.

—¡Ay! A ese marido mío, el hombre más respetable del mundo y que me adoraba, lo dejé por un amante que me echa de la manera más salvaje.

Esta frase hizo que de nuevo Liéven olvidara al comisario de policía y las desagradables consecuencias de una aventura nocturna.

—Me han robado, señor —prosiguió Leonor a los pocos instantes—, pero veo que me queda aún una sortija de diamantes. Quizá algún hostelero quiera recibirme. Pero, señor mío, voy a ser el escándalo de la casa, pues he de confesaros que no llevo otro vestido que una camisa; si tuviera tiempo, caballero, me arrojaría a vuestros pies para suplicaros, en nombre de la humanidad, que me metierais en una habitación cualquiera y fueséis a comprar a una



Cuento El filtro

Stendhal

Este mes el mundo celebra el nacimiento, hace doscientos años, del escritor francés Stendhal (Henry Beyle), uno de los novelistas más grandes de todos los tiempos. Stendhal, como expresó Máximo Gorki, fue el primer escritor que, casi al día siguiente del triunfo de la burguesía, fue capaz de escribir, con perspicacia y claridad, los síntomas de su descomposición, así como su absurda miopía. Stendhal aconsejó en todos sus libros a sus lectores futuros, cuáles son los objetos dignos de admiración. Está el amor; está la risa; están las artes. Están las personas, que son invariablemente fascinantes. Está, por encima de todo, la inteligencia humana.

mujer de pueblo un mal vestido. Una vez vestida —añadió alentada por el joven oficial—, podréis llevarme hasta la puerta de cualquier humilde hostería, y allí dejaré ya de reclamar las atenciones de un hombre generoso y os suplicaré que abandonéis a una desventurada.

Todo esto, dicho en mal francés, agradó a Liéven.

—Señora —respondió—, voy a hacer todo cuanto me ordenáis. Pero lo esencial, para vos y para mí, es que no os detengan. Me llamo Liéven, teniente del 96; si tropezamos con una patrulla que no sea de mi regimiento, nos llevarán al cuerpo de guardia y habrá que pasar allí la noche, y mañana vos y yo seremos la comidilla de Burdeos.

Liéven, que daba el brazo a Leonor, sintió que ésta se estremecía. "Este miedo al escándalo es buena señal", pensó.

—Dignaos tomar mi levita —dijo a la dama—, voy a llevarla a mi casa.

—¡Dios mío, caballero!
—No encenderé luz, os lo

juro por mi honor. Os dejaré dueña absoluta de mi cuarto, y no volveré hasta mañana por la mañana. No tengo más remedio, porque a las seis llega mi sargento, que es capaz de llamar hasta que le abran. Os halláis ante un hombre de honor...

—¡Pero es bonita! —se decía Liéven.

Abrió la puerta de su casa. La desconocida estuvo a punto de caerse al pie de la escalera, cuyo primer peldaño no encontraba. Liéven le hablaba muy bajo; ella respondía de la misma manera.

—¡Qué horror, traer mujeres a mi casa! —exclamó con voz agria una fondista bastante bonita, abriendo su puerta y con una lamparita en la mano.

Liéven se volvió vivamente hacia la desconocida, vio un rostro admirable y sopló la lámpara de la hostelera.

—¡Silencio, madame Sauce-de, o mañana por la mañana dejo vuestra casa! Hay diez francos para vos si no decís una palabra a nadie. La señora es la mujer del coronel, y yo me

voy en seguida.

Liéven había llegado al segundo piso, a la puerta de su cuarto; temblaba.

—Entrad, señora —dijo a la mujer en camisa—. Hay un encendedor fosfórico al lado del reloj. Encended la bujía, haced fuego, cerrad la puerta por dentro. Os respeto como a una hermana, y no volveré hasta que sea de día: traeré un vestido.

—¡Jesús, María! —exclamó la bella española.

Cuando Liéven llamó a la puerta al día siguiente, estaba ya locamente enamorado. Por no despertar demasiado pronto a la desconocida, había tenido la paciencia de esperar a su sargento a la puerta y de ir a un café a firmar sus papeles.

Había alquilado una habitación en la vecindad. Traía a la desconocida algunas prendas de vestir y hasta un antifaz.

—De este modo, señora, no os veré si lo exigís —le dijo a través de la puerta.

La idea del antifaz agradó a la joven española, distrayéndola de su profundo disgusto.

—Como sois tan generoso —le dijo sin abrir—, me tomo el atrevimiento de rogaros que dejéis junto a la puerta el paquete de ropa que habéis comprado para mí. Cuando os haya oído bajar, lo cogere.

—Adiós, señora —dijo Liéven marchándose.

Tanto encantó a Leonor la prontitud en la obediencia, que le dijo casi en el tono de la amistad más tierna:

—Si podéis, caballero, volved dentro de media hora.

Cuando volvió, Liéven la encontró con el rostro tapado, pero vio los más hermosos brazos, el más hermoso cuello, las manos más hermosas. Estaba fascinado.

Liéven era un mozo bien nacido y que todavía necesitaba esforzarse para tener valor con las mujeres que le gustaban. Tan respetuoso fue su tono y tal su gracia al hacer los honores de su pobre cuartito, que cuando se volvió, después de arreglar un biombo, se quedó petrificado de admiración al ver a la mujer más bella que encontrara jamás. La extranjera se había descubierto el rostro; poseía unos ojos que parecían hablar. Acaso a fuerza de energía hubieran parecido duros en las circunstancias corrientes de la vida. La desesperación les daba cierta simpatía, y puede decirse que nada faltaba a la belleza de Leonor. Liéven calculó que tendría unos dieciocho o veinte años. Hubo un momento de silencio. A pesar de su dolor profundo, Leonor no pudo menos de observar con cierta complacencia la fascinación del joven oficial, que parecía ser de la mejor estirpe.

—Sois mi bienhechor —dijole al fin—, y, a pesar de vuestra edad y de la mía, espero que continuaréis conduciéndoos bien.

Liéven contestó como puede hacerlo el hombre más enamorado; pero fue lo bastante dueño de sí mismo para negarse la felicidad de decir que estaba enamorado. Por otra parte, en los ojos de Leonor había algo tan imponente, y tenía un porte tan distinguido, pese a la pobreza de los vestidos que acababa de ponerse, que le costó menos trabajo ser prudente. "Es preferible ser tonto del todo", se dijo a sí mismo. Y se abandonó a su timidez y a la celestial voluptuosidad de mirar a Leonor sin decirle nada. Era lo mejor que podía hacer. Este modo de obrar fue tranquilizando poco a poco a la bella española. Resultaban muy divertidos, uno frente a otro, mirándose en silencio.

—Necesitaría un sombrero completamente de mujer de pueblo —le dijo— y que tape la cara, pues desgraciadamente —añadió casi riendo— no puedo llevar por la calle vuestra careta.

Liéven consiguió un sombrero; luego, condujo a Leonor a la habitación que había alquilado para ella. Leonor excitó aún más su agitación y casi su felicidad, diciéndole:

—Esto puede acabar para mí en el cadalso

—Por serviros —exclamó Liéven con la mayor impetuosidad—, me arrojaría al fuego. He alquilado esta habitación a nombre de madame Liéven, mi esposa.

—¿Vuestra esposa? —replicó la desconocida, casi con enojo.

—No había más remedio que presentarse con ese nombre o

mostrar un pasaporte que no tenemos.

Liéven saboreó con gozo este *tenemos*. Había vendido la sortija, o, al menos, entregado a la desconocida cien francos, que era lo que valía. Trajeron el desayuno. La desconocida le rogó que se sentara.

—Os habéis mostrado el hombre más generoso —le dijo acabado el desayuno—. Si queréis, dejadme. Mi corazón os guarda una eterna gratitud.

—Os obedezco —dijo Liéven levantándose, con la muerte en el corazón. La desconocida parecía muy pensativa; luego le dijo:

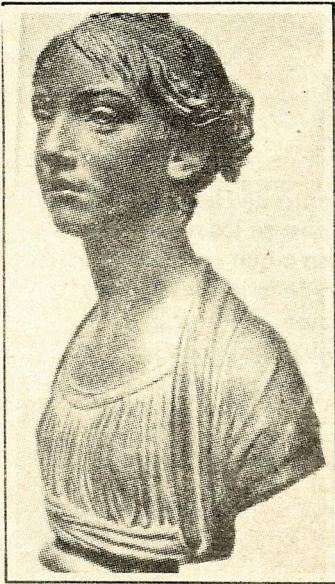
—Quedaos. Soy muy joven, pero yo necesito un apoyo, y, ¿quién me dice que podré encontrar otro hombre tan generoso como vos? Por otra parte, si tuvierais por mí algún sentimiento al que yo no debo aspirar, el relato de mis faltas no tardará en hacerme perder vuestra estimación y en quitaros todo interés por la mujer más pecadora. Porque todas las culpas son mías, caballero. No puedo quejarme de nadie y menos que de nadie de don Gutier Ferrández, mi marido. Es uno de esos desventurados españoles que buscaron refugio en Francia hace dos años. Somos los dos de Cartagena, pero él es muy rico y yo muy pobre.

—Os llevo treinta años, mi querida Leonor —me dijo llevándome aparte la víspera de nuestra boda—, pero poseo varios millones y os amo como un loco, como no he amado nunca. Elegid, pues: si mi edad os aleja de esta boda, yo asumiré ante vuestros padres toda la culpa de la ruptura. De esto hace cuatro años, caballero. Yo tenía quince. Lo que más vivamente sentía entonces era el fastidio de la profunda pobreza en que la revolución de las Cortes había sumido a mi familia. No estaba enamorada, y acepté. Pero, caballero, necesito vuestros consejos, pues no conozco ni las costumbres de este país, ni vuestra lengua, como veis. A no ser por esta necesidad extrema que tengo de vos, no podría soportar la vergüenza que me mata. . . Esta noche, cuando me vi arrojada de una casa de pobre apariencia, habéis podido creer que socorrías a una mujer de mala vida. Pues bien, caballero: ¡valga menos aún!

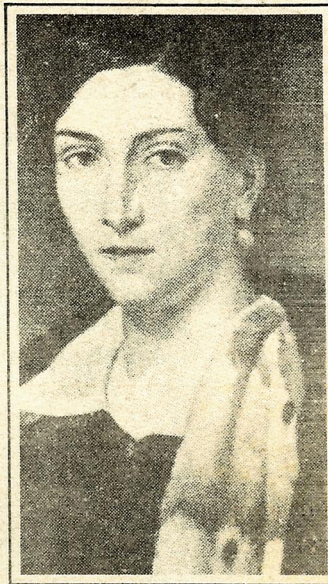
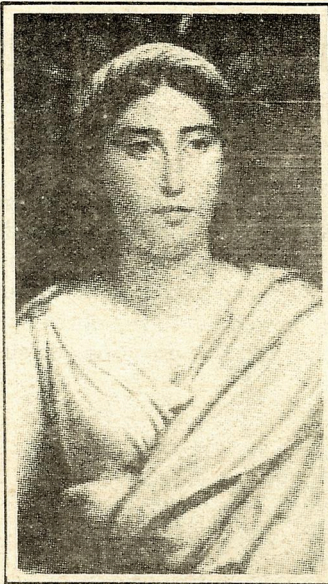
Soy la más criminal y la más infeliz de las mujeres —añadió Leonor echándose a llorar—. Un día de estos me veréis acaso ante vuestros tribunales, y seré condenada a alguna pena infamante. Apenas casados, don Gutier se mostró celoso. ¡Ah Dios mío, entonces era sin motivo pero seguramente adivinaba mi mala condición! Cometí la tontería de irritarme mucho por las sospechas de mi marido, ofendida en mi amor propio. ¡Ah desdichada!

—Aunque tuvierais que reprocharos los mayores crímenes del mundo —la interrumpió Liéven—, yo sería vuestro en vida y en muerte. Pero si tenemos que temer la persecución de la gendarmería, decidme en seguida para que yo pueda arreglar vuestra huida sin pérdida de tiempo.

—¿Huir? —replicó Leonor—. ¿Cómo voy a viajar por Francia? Mi acento español, mi juventud, mi turbación darán lugar a que me detenga el primer gendarme que me pida el pasaporte. Seguramente los gendarmes de Burdeos me están bus-



La condesa curial, Guidita Pasta y Albertina Rubempré, los grandes amores de Stendhal.



cando en este momento; mi marido les habrá prometido el oro a puñados si consiguen hallarme. Dejadme, caballero, abandonadme. . . Voy a deciros algo más atrevido. Adoro a un hombre que no es mi esposo, ¡y qué hombre además! Es un monstruo, le despreciaréis; pero a pesar de todo bastaría una palabra suya de arrepentimiento para que yo volara, no digo a sus brazos, sino a sus pies. Voy a deciros aún unas palabras muy inconvenientes, pero es porque a pesar del abismo en que he caído, no quiero al menos engañar a mi bienhechor. Teneis en mí, caballero, una desventurada que os admira, que está transida de gratitud por voz, pero que no podrá jamás amaros.

Liéven se puso muy triste.

—No confundáis, señora, con el propósito de abandonaros —dijo al fin con voz débil— la súbita tristeza que inunda mi corazón; estoy pensando en los medios de eludir la persecución de los gendarmes. El menos arriesgado es quedaros escondida en Burdeos. Más tarde os propondré embarcar en la plaza de otra mujer de vuestra edad y también bella, para la que reservaré pasaje en un navío.

Liéven dijo estas palabras con la mirada muerta.

—Don Gutier Ferrández —prosiguió Leonor—, se hizo sospechoso al partido que tiraniza a España. Salíamos de paseo por alta mar. Un día encontramos mar adentro un pequeño *brick* francés. “Embarquémonos —me dijo mi marido—, abandonemos todos nuestros bienes en Cartagena”. Partimos. Mi marido es todavía muy rico; tomó una casa soberbia en Burdeos, y aquí comenzó de nuevo su comercio; pero vivimos completamente solos. El se opone a que yo trate a la sociedad francesa. Sobre todo desde hace un año, so pretexto de consideraciones políticas que no le permiten tratarse con los liberales, no he hecho ni dos visitas. Me moría de aburrimiento. Mi marido es muy estimable; es el más generoso de los hombres, pero desconfía de todo el mundo y lo ve todo negro.

—Desgraciadamente cedió, hace un mes, a mi ruego de tomar un palco en el teatro. Eligió el menos bueno y tomó un palco completamente junto al escenario, por no exponerme a la vista de los jóvenes de la ciudad. Acababa de llegar a Burdeos

una compañía de *écuyers* napolitanos. ¡Oh señor, cómo váis a despreciarme!”

—Señora —replicó Liéven—, os escucho con atención, pero no pienso más que en mi desgracia; amáis para siempre a un hombre más afortunado.

—Seguramente habéis oído hablar del famoso Mayra —dijo Leonor bajando los ojos.

—¿El *écuyer* español? Desde luego —contestó Liéven asombrado—; trae al *reortero* a todo Burdeos; es muy hábil y muy guapo mozo.

—¿Ay señor! Yo creí que no era un hombre vulgar. Me miraba constantemente mientras daba sus vueltas a caballo. Un día al pasar bajo mi palco, del que acababa de salir mi marido, dijo en catalán: “Soy un capitán del ejército del Marquesito y os adoro”.

—¿Ser amada por un titiritero! ¡Qué horror, señor mío! Y más infame aún, poder pensar en ello sin horror. Los días siguientes tuve el suficiente dominio sobre mí misma para no ir al espectáculo. Qué queréis que os diga, caballero, era muy desgraciada. Un día me dijo mi doncella: “El señor Ferrández ha salido; os suplico, señora, que leáis este papel”. Y escapó cerrando la puerta con llave. Era una carta muy tierna de Mayral; me hacía la historia de su vida; aseguraba ser un pobre oficial forzado por el más

terrible desamparo a un oficio que ofrecía abandonar por mí. Su verdadero nombre era don Rodrigo de Pimentel. Volví al teatro. Poco a poco fui creyendo en las desgracias de Mayral, recibiendo sus cartas, con placer. ¡Ay, acabé por contestarle! Le he amado con pasión y una pasión —añadió Leonor deshecha en lágrimas— que nada, ni los más tristes descubrimientos, ha podido extinguir. No tardé en ceder a sus ruegos, y deseé tanto como él la ocasión de hablarle. Pero ya entonces me asaltó una sospecha: pensé que Mayral no tenía nada de Pimentel ni de oficial del Marquesito. No tenía bastante orgullo; varias veces me expresé el temor de que quisiera burlarme de él por su oficio de *écuyer* volatinero en una compañía de saltimbanquis napolitanos.

—Hace unos dos meses, cuando estábamos a punto de salir para ir al teatro, mi marido recibió la noticia de que uno de sus barcos había embarrancado cerca de Royan, en la desembocadura del río. El, que no hablaba jamás y no me decía diez palabras en todo el día, exclamó: “Tendré que ir mañana”. Por la noche, en el teatro, hice a Mayral una seña convenida. Cuando veía a mi marido en el palco, iba a recoger una carta que había dejado a la portera de nuestra casa, sobornada por él.

—Al poco rato vi a Mayral radiante de alegría. Yo había tenido la debilidad de escribirle que, a la noche siguiente, le recibiría en una sala baja que daba al jardín.

—Mi marido se embarcó después de llegar el correo de París, a eso del mediodía. Hacía un tiempo soberbio, y estábamos en los días más calurosos. A la noche, dije que iba a dormir en el cuarto de mi marido, que estaba en la planta baja y daba al jardín: allí tendría menos calor. A la una de la madrugada, cuando abriendo la ventana con precaución, esperaba a Mayral, oí gran alboroto hacia la puerta: era mi marido. A medio camino de Royan, había visto su barco remontando tranquilamente el río Gironda en dirección a Burdeos.

—Don Gutier no se dio cuenta de mi horrible turbación; alabó la excelente idea que yo había tenido de dormir en un cuarto más fresco, y se tendió a mi lado.

—“Imaginaos mi inquietud; por desgracia, la luna era clarísima. Transcurrida una hora, vi distintamente a Mayral aproximarse a la ventana. Al volver mi marido, me había olvidado de cerrar la puerta-ventana de un gabinete lindante con la alcoba. Estaba abierta de par en par, lo mismo que la puerta que comunicaba la alcoba con el gabinete.”

—“Con movimientos de cabeza —lo único que osaba permitirme teniendo dormido al lado mío a un marido tan celoso— intenté en vano hacer comprender a Mayral que había sobrevenido un contratempo. Oíle entrar en el gabinete y acercarse a la cama por el lado en que estaba yo acostada. Figuraos mi terror: se veía como en pleno día. Por fortuna, Mayral no habló al acercarse.”

—“Mostréle a mi marido durmiendo al lado mío; vile de pronto sacar un puñal. Sobrecogida de horror, incorporéme a medias. Acercóse a mi oído y me dijo: “Es vuestro amante; comprendo lo importuno de mi venida, o más bien os ha parecido divertido burlaros de un pobre *écuyer* ambulante; pero ese lindo señor va a pasar un mal cuarto de hora”. Yo le repetía en voz baja: “Es mi marido”, mientras con toda la fuerza que podía le sujetaba la mano. “¡Vuestro marido, al que he visto embarcar en el vapor de Royan! Un saltimbanqui napolitano no es tan tonto como para tragarse eso. Levantaos y venid a hablarme en el gabinete de al lado, lo exijo; si no lo hacéis, despertaré a ese caballerito, y acaso entonces dirá su nombre. Soy más fuerte, más ágil, estoy mejor armado y, por muy pobre diablo que yo sea, he de probarle que no conviene burlarse de mí. Quiero ser vuestro amante, ¡pardiez! y entonces el ridículo lo hará él”.

—“En este momento se despertó mi marido. “¿Quién habla de amante?”, exclamó muy turbado. Mayral, que me tenía abrazada y me hablaba al oído, se agachó muy oportunamente al ver aquel movimiento imprevisto. Yo estiré el brazo como si las palabras de mi marido acabaran de despertarme y le dije varias cosas que hicieron comprender a Mayral que aquél era en efecto mi marido. Por fin, don Gutier, creyendo haber soñado, volvió a dormirse. El puñal desnudo de Mayral seguía reflejando los rayos de la luna, que en aquel momento caían a plomo sobre el lecho. Yo prometí todo lo que quiso Mayral. Exigía que le acompañase al cuarto vecino. “Es vuestro marido: aceptado; pero no por eso es menos ridículo mi papel”, repetía con rabia. Por fin, al cabo de una hora, se marchó. ¿Me creeréis, caballero, si os digo que toda esta conducta absurda de Mayral me abrió casi los ojos sobre su persona, pero sin disminuir mi amor?”

—“Mi marido, que no iba nunca a ver a nadie, pasaba la vida conmigo. . . Nada más difícil que la segunda cita que yo había jurado a Mayral concederle.”

—“Me escribía cartas llenas de reproches; en el teatro hacía ostentación de no mirarme. Hasta que por fin, caballero,

passa a la página 15

Stendhal, en 1841. Retrato a lápiz por Henri Lehmann.





“El escritor es, en primer lugar, un hombre de su época, un testigo ocular, un personaje activo en sus tragedias y dramas. Puede permanecer imparcial si opone bastante resistencia a los prejuicios y supersticiones de la clase social a la que pertenece, si su observación es honesta, si él mismo es una porción de la energía concentrada de la época... Stendhal fue el primer escritor que, casi al día siguiente del triunfo de la burguesía, fue capaz de describir, con perspicacia y claridad, los síntomas de su descomposición, así como su absurda miopía”, escribió Gorki. Lo que difícilmente comprenderán los aficionados al realismo socialista es que Stendhal concebía la irrupción súbita de acontecimientos políticos de primera magnitud en una novela, como parecido al ruido que provoca un pistoletazo en una sala de teatro: detrás de esa agresión que linda con la grosería, hay una capacidad de concentrar la atención de todos. Los personajes de Stendhal actúan sin duda en medio de un laberinto de acciones políticas, pero más que el poder, que es la meta final de toda acción política, lo que les interesa es la búsqueda de la felicidad, así como se oye y se lee. Como ha dicho Harry Levin (1), Beyle dedicó su vida a esa búsqueda tentadora; y cuando ésta resultó una persecución inútil dedicó su obra (donde aparecía esa empresa vana) a la desilusión resultante.

Paradójicamente, en muchos pasajes de sus novelas, y, mejor, en la entraña misma de su obra literaria —más allá de los artificios y de la técnica que Beyle conocía tan bien y que nos dan la ilusión de estar leyendo a un autor de nuestro siglo, porque sabe prescindir de todo elemento inútil, de toda digresión artificiosa—, Beyle puede parecer inmaduro, es decir, un joven lleno de ilusiones, un inexperto, que se inicia en las lides de la vida. Como tenemos las fechas bastante exactas de la producción de sus mejores obras, sabemos que no es así. ¿Qué mecanismos está funcionando entonces? Es la técnica conocida como transposición. Habiéndose ya despojado de sus ilusiones a través de un proceso largamente gestado, Stendhal es un escritor realista que puede pintar con nítidos caracteres esas ilusiones para dejarlas caer en el momento preciso, y convertirse así en el maestro de la desilusión. Stendhal nunca habría conseguido convertirse en tal modelo, si Beyle hubiese sido menos sensible a las ilusiones de su tiempo.

2

Escribe Levin: “Beyle nació seis años antes de la revolución de 1789 y murió doce años antes de la de 1848”. Vivió, pues, casi 60 años y al principio estuvo en Grenoble, observando las primeras experiencias revolucionarias con la mis-

Actualidad de Stendhal

Marco Martos

En estos días se cumple el segundo centenario del nacimiento de Henry Beyle, más conocido en el mundo de las letras como Stendhal, uno de los escritores más vigorosos y amenos de la literatura mundial: un clásico que permanece en la memoria colectiva más por el favoritismo de cientos de miles de lectores fervorosos que van recomendando sus obras con unción, que por la difusión de muchos y valiosos estudios que su escritura provoca.



ma aidez de un escolar de provincias. Durante los quince años siguientes, el periodo napoleónico, estuvo en París y en diversos territorios ocupados, sirviendo al imperio en diversas funciones administrativas. El siguiente periodo, que corresponde a la restauración de los Borbones, al apartarle de las ocupaciones más serias, le proporcionó el ocio necesario para que formase la airosa figura que empezamos a reconocer: el viajero y el crítico, el frecuentador de teatros y salones, el amante fracasado, enamorado de la pintura y la música. Habiendo sido testigo de la revolución de 1830, le fue otorgado por la liberalizada administración de la nueva monarquía un premio de consolación y pasó sus últimos doce años intentando escapar de su recompensa, en el consulado francés de Civitavecchia. Según propia confesión,

en sus tres primeros periodos se movió por la infancia, la ambición y el diletantismo; hacia el fin del tercer periodo, como alternativa al suicidio, empezó *Rojo y negro*. En su última etapa, en un intento final de escapar de lo que llamó “aburrimiento” y tras haber disipado todas las demás posibilidades, empezó a considerarse como un novelista.

3

Algunos desaprensivos, al leer la obra de Stendhal han dicho, en frase ligera, que ésta constituye la apología del individualismo. Lo que es cierto es que trata del individualismo; hay un lado trágico en esa serie de hechos escuetos, pero al mismo tiempo pulposos, que narra Beyle y que a muchos les trae el recuerdo del Código Civil francés que, según se dice, leía con fruición.

Stendhal concebía al yo como algo diferente al egoísmo; sin estar exento de la gran ambición que dominaba toda la época, la enfrentaba al diletantismo que le era tan caro; frente a la desenfrenada carrera de talentos en búsqueda de una fácil felicidad, Beyle elegía, en su vida y en su obra, los atajos, el camino equivocado para ese fin supremo, y así se encontraba con el hombre de carne y hueso que tiene desfallecimientos en los momentos más inesperados, como le ocurrió al propio Beyle, quien se quedó dormido el día que tenía el examen de ingreso a la Escuela Politécnica. Y es que junto a la madurez de Stendhal como escritor, lucía siempre una juventud eterna. Por eso entusiasmo tanto a los que se inician en la literatura, como a los lectores más experimentados, que prefieren una y otra vez volver a sus pá-

ginas hermosas que internarse en lecturas novedosas, pero no tan gratificantes.

4

Stendhal era un hombre muy metódico; prueba de ello es que redactó nada menos que 32 testamentos; así mismo, en su impecable obra literaria, es decir, en sus obras mayores *Rojo y negro*, *Lucien Leuwen* y *La Cartuja de Parma*, y no tanto en sus escarceos juveniles como la novela *Armancia*, es un psicólogo, un explorador del alma humana, alguien que busca las razones más escondidas e inesperadas para calar en los actos más rutinarios, elaborar enigmas o ir desentrañándolos. Se proponía algo que parece nimio a los teóricos de la literatura: divertirse y divertir. Prueba de que lo logró es que estamos ahora celebrando el segundo centenario de su natalicio.

Una de las razones de su éxito contemporáneo es el análisis de las pasiones que Stendhal se propuso analizar a través de sus personajes. El amor, el odio, el orgullo, la sed de venganza, la vanidad son descritos y explicados en todos sus vericuetos, son investigados minuciosamente y expuestos a través de los personajes que Stendhal manejaba tan diestramente.

Los valores que aparecen en el primer plano son, como ha dicho Hugo Friedrich (2), ocultaciones: virtud, amistad, amor, hazaña heroica, desprecio a la muerte, dominio de sí mismo, bondad, pero en muchos casos no tienen verdadero sentido en su valor moral, sino en su utilidad del instinto humano para hacerse valer y conservarse.

Stendhal estaba muy interesado en la grandeza humana, y la consideraba pasión dada por la naturaleza, resistente, cuya meta objetiva era el triunfo de la voluntad y cuya ganancia paradójica era la ausencia de todo esto. Así pues, el hombre más admirable era para él el apasionado y al mismo tiempo desconsiderado en su pasión, independientemente del contenido de esa pasión: político, artístico o erótico. La admiración que Stendhal tuvo por Napoleón no fue estrictamente política, Napoleón era para él un aventurero. Como puede leerse en *Rojo y negro*, Julián Sorel tiene en el general corso un modelo secreto respetable, pero se mueve en otra esfera de acción, más íntima y personal, pero tan ambiciosa como la de aquél. De otro lado, Julián Sorel tiene la energía rebelde de los jacobinos; en cambio, los personajes de *La Cartuja de Parma* poseen la serenidad grandiosa de quienes conocen, aunque sea por un instante, en medio de los sufrimientos, la calma de los dioses.

(1) *El realismo francés*, Barcelona, Editorial Laia, 1963.

(2) *Tres clásicos de la novela francesa* (Stendhal, Balzac, Flaubert), Buenos Aires, Editorial Losada, 1961.

Brian de Palma parece ser el producto, especial, de toda una tendencia del cine que ya no busca sus motivos de inspiración en la historia o entornos naturales, sino en el cine mismo. Al cabo de tantos años desde que la locomotora de Lumiere asustó a los incipientes espectadores, el cine ha creado no sólo sus mitos sino, también, tradiciones e historia. De Palma, cuya habilidad está fuera de discusión, aporta, sin embargo, un regusto cinéfilo que lo vuelve especialmente apto para ser apreciado sobre todo, y a veces excesivamente, por los que comparten sus obsesiones. En *Vestida para matar*, por ejemplo, la brillantez de la puesta en escena no conseguía disminuir el fastidio de las constantes referencias a Hitchcock, no por Hitchcock, obviamente sino por la recurrencia de alusiones que se situaban en el camino intermedio entre homenaje y saqueo.

En *El sonido de la muerte* las referencias implícitas son *Blow up*, de Antonioni, y no sólo en el título original, y *La conversación*, la mejor película que produjo hasta el momento el versátil Francis Ford Coppola, y esta obviedad no resulta un tanto favorable, por cuanto *El sonido de la muerte* no participa en absoluto de la calidad de obra maestra de estas dos guías ilustres. El filme de De Palma es un policial con ingredientes de política-ficción, de impecable puesta en escena, cierto, pero de escasa densidad, con personajes apenas delineados, una trama elemental —lo que es grave en un filme de suspenso— y con una voluntad tan manifiesta de protenciar el poder del cine en desmedro de las posibilidades de la propia historia, que resulta mucho más un filme “meritorio” que atractivo.

La proyección se abre con una broma de De Palma, del estilo de la que tan eficazmente clausuraba *Carrie*: una historia de suspenso, con un asesino que va recorriendo sin ser visto la pantalla y que en el momento culminante se corta porque en realidad se asiste a una proyección en la que el protagonista John Travolta (llevado de la víctima del sonido que era en *Fiebre del sábado por la noche* a elaborador del sonido) asume el compromiso de buscar un alarido convincente para ese clímax, lo que se corresponderá con el final, donde el sonido “exitoso” conseguido a costa de una tragedia real cierra el filme. Entre ambos, se desarrollará esta historia donde Terry, a la manera del fotógrafo de *Blow up*, capta con su grabadora el sonido de un accidente donde perece un gobernador y salva a la chica que lo acompaña (Nancy Allen), Sally.

Terry escucha y graba un disparo que precede al accidente, y a partir de esto tratará de deshilar la madeja, para demostrar que se trata de un asesinato y no de un accidente, complicando en sus investigaciones a Sally, quien al final será la víctima propiciatoria de la fiebre del muchacho y la manía criminal del asesino.

Bien, tratándose de una historia de suspenso, se presentan unas cuantas debilidades tan evidentes que no parecen ser casuales, sino una simplificación voluntaria, para dedicar el grueso de la película al cine dentro del cine que parece aquí guiar a De Palma. La primera es que el espectador está informado en el mismo momento de la veracidad del disparo, y por si eso fuera poco, tiene tiempo de ver una figura que huye del lugar de los hechos (en *Blow up*, basado en un cuento de Cortázar, el fotógrafo descubre el crimen a partir de sucesivas ampliaciones).

Eliminada la posibilidad del misterio. También se reforzará esta eliminación porque el asesino no se oculta, y encima, se desvanece rápidamente la posibilidad de un gran complot y queda el maniático de siempre, que además de matar políticos tiene un gran placer en liquidar mujeres, presumiblemente prostitutas. Lo que podría llamarse trama argumental queda expuesto sin ningún problema a los ojos del espectador, y la única dosis de suspenso valioso queda reservada para las secuencias finales: la de la estación, con el asesino tratando de matar a Sally y Terry tratando de alcanzarlos, lo mejor de la película sin duda alguna, y la que le sigue, con la persecución de Terry a través de un desfile multicolor y fuegos artificiales, donde parece hallar rienda suelta ese gusto coreográfico de De Palma, presentado en *Carrie* en tintes sanguinolentos.

Bien. Si *El sonido de la muerte* es un retorno a la sobriedad después de la desproporción de *Carrie* y *Furia* (ésta peor, porque además era aburrida y pobre), está, sin embargo, lejos del clima por momentos seductor que De Palma alcanzará en *Magnífica obsesión*, única película, para mí, atractiva de este realizador donde los credos cinematográficos y los derroches de espanto se alternan con demasiada frecuencia. En este caso no hay derroches, por suerte, pero su adhesión a otros realizadores del cine y al medio en sí parecen hacerle olvidar que los espectadores van al cine no a venerarlo en sí mismo sino a que éste le narre, con su poder único de convicción, historias que lo envuelvan, diviertan, emocionen e incluso lo

El sonido de la muerte



John Travolta, el actor principal del filme de Brian de Palma.

agredan. Al recurrir a referencias tan conocidas corre el riesgo adicional y buscado de la comparación, aun inconsciente, con aquellas. La comparación es un método siempre dudoso, por lo que de arbitrario tiene establecer acuerdos y desacuerdos entre autor y otro, pero De Palma se las busca, y este poli-

cial tiene poco que hacer, con su esquematismo conceptual y sus figuras simpáticas pero volátiles, frente a la densidad de Antonioni y aquel escalofriante acercamiento progresivo a un mal oculto de *La conversación*.

Señora de nadie

Este jueves debe haberse estrenado en el cine Julieta *Señora de nadie*, realización argentina cuyo argumento y dirección pertenecen a María Luisa Bemberg. (Como siempre, la premura con que cierra este suplemento nos impide sincronizarnos con los estrenos de interés).

Por lo que hemos leído, el filme se ocupa de una mujer, interpretada por Luisina Brando, que al descubrir que su marido la engaña abandona su hogar y comienza a forjarse una vida diferente a los moldes pre-establecidos. Se trata de la búsqueda de identidad de ese fenómeno de nuestro tiempo llamado “mujer libre”, ya explorado sin demasiada seriedad por otros cineastas (como Paul Mazursky, con su *Una mujer descasada*). Como dato de adicional interés feminista, *Señora de nadie* tiene las responsabilidades fundamentales a cargo



Luisina Brando, en 'Señora de nadie'.

de mujeres: no sólo la dirección sino también la producción ejecutiva y jefatura de producción. El filme participó en el festival de Taormina, Italia, donde representó al cine de habla hispana entre otros doce provenientes de Inglaterra, Francia, Canadá, EE.UU., etc.

Por el material observado, *Señora de nadie* ha sido un éxito en Argentina y ha merecido también una buena acogida por la crítica de distintos países europeos. Al Julieta, pues.

PROBLEMAS EN EL TORNEO ESTEBAN CANAL

El torneo Esteban Canal es, fuera del campeonato nacional, la competencia más importante del país, porque suele enfrentar a los ajedrecistas mejores del Perú y porque, además, es la única lid que cuenta con premios, donados por un aficionado anónimo. En este año, la Federación de Ajedrez ha marginado a Pedro y Javier García, Mario Belli, Víctor Vilchez y Carlos Vásquez, todos ellos maestros nacionales, y ha escogido como participantes a Jorge Peláez, Jorge Pacheco, Carlo Robbiano, Manuel Gonzales, cuya participación es dudosa, Luis Romero, Julio Ernesto Granda, Henry Urday, Jorge Murakami y Manuel Santiviáñez, con el argumento de que varios de los nombrados boicotearon el reciente campeonato nacional.

La verdad es que desde hace algún tiempo los ajedrecistas más conspicuos del país vienen expresando en forma escrita y oral su descontento con la organización ajedrecística que encabeza Mario Zapata. Así, por ejemplo, en mayo de 1982, los hermanos García, Vásquez, Belli y Vilchez, cuando se jugaba el torneo Ciudad de Lima, solicitaron mejores premios, adecuadas condiciones de juego, viáticos mínimos y un día de descanso; después reiteraron sus demandas en vísperas del campeonato nacional de octubre de 1982. En vista de que la federación no daba una respuesta favorable, se abstuvieron de participar, en cierta forma se perjudicaron ellos mismos, automarginándose como una forma de llamar la atención sobre un problema que se viene arrastrando por años. Si este asunto se hubiera llevado con tino, el torneo Esteban Canal habría sido una brillante ocasión de unificar a los ajedrecistas peruanos; Mario Zapata ha preferido el camino equivocado: hacer como que están sancionados jugadores sobre los que no pesa ningún castigo. La Federación de Ajedrez, siempre nombrada sin la participación directa de los ajedrecistas, necesita remozar sus criterios: los problemas no son solamente falta de recursos, también hay que tener en cuenta el tino con el que manejan las situaciones difíciles. (Marco Martos).



Cartelera

CINE-CLUBES

Hoy domingo se proyectará *El último*, de Friedrich Murnau, en el YMCA (Av. Bolívar 635, Pueblo Libre) a las 7.30 p.m. . . Cine arte "Santa Elisa" ha preparado una muestra en homenaje a S.M. Eisenstein en su local de Jr. Cailloma 824, Lima: *La huelga y la línea general* (Lunes 31), *El acorazado Potiomkin* (martes 1o.), *Octubre* y *El prado de Bezhin* (miércoles 2), *¡Qué viva México!* (jueves 3), *Alexandro Nevski* (viernes 4) y el sábado 5 *Iván el terrible* (I), a las 3.30, 6 y 8.30 p.m. . . Cine-club "Antonioni" y "Museo de Arte" han programado para el mes de febrero un ciclo denominado *Musicales argentinos*, en el auditorio del Museo de Arte (Paseo Colón 125) a las 6.15 y 8.15 p.m.: *El día que me quieras*, de Enrique Cahon Salaberry (martes 1o.) y *Argentinísima I*, de Fernando Ayala y Héctor Olivera (jueves 3). . . El "Banco Central de Reserva del Perú" en colaboración con la "Cinemateca Universitaria" finalizan la presentación del ciclo *Cine de la década del 30* el jueves 3 con la película *El hombre de Aran*, de Pat Mullen (Inglaterra, 1934). En el Museo Banco Central de Reserva (esquina Lampa y Ucayali) a las 7 p.m.

TEATRO

El grupo "Abeja" continúa presentando *Escuela de payasos*, de Friedrich Karl, en el módulo 3 del Museo de Arte (Paseo Colón 125), viernes 7.30 p.m., sábado y domingo a las 4.30 y 7.30 p.m. . . *El que se fue a Barranco*, de Fedor Larco y Rafael León, en el colegio "Los Reyes Rojos" (Cajamarca 210, Barranco), de viernes a domingo a las 8 p.m. . . El grupo "Alondra" sigue presentando *Dos mañanas*, de Juan Rivera Saavedra y "Alondra" en el teatro "Cocolido" (Leoncio Prado 225, Miraflores), de viernes a domingo a las 8 p.m. . . En el mismo teatro "Cocolido", "Teatro de la ciudad" presenta *Al margen*, de Eugene O'Neill, de viernes a domingo a las 9.30 p.m. . . El grupo "Comunidad de Lima" continúa presentando *Las hermanas de Buffalo Bill*, de Manuel Martínez Mediero, en su local de Mariano Melgar 293, Santa Cruz, de viernes a domingo a las 8 p.m.

PARA NIÑOS

Caperucita Roja, en el teatro "Cocolido" (Leoncio Prado 225, Miraflores) todos los domingos a las 4 p.m. . . *Las aventuras del pequeño John*, del grupo "Yan Ken Po", en el Museo de Arte (Paseo Colón 125), sábados y domingos a las 4.30 p.m. . . *El flautista de Hamelín*, del grupo "Polen", en la Casa de la Cultura de Lince (Av. Militar 1962) todos los domingos a las 4 p.m. . . *Aladino y la lámpara maravillosa*, del grupo ILCA, en el auditorio de la Biblioteca Municipal de San Isidro (El Olivar), sábados y domingos a las 4 p.m.



LAGARTO SENTIMENTAL

Sr. Tomás Azabache:

Le escribo desde el rincón de la soledad. En realidad, nunca pensé que la situación política pudiera deteriorarse al punto de afectar los vínculos de la pareja. Y todo por culpa del ministro del Interior Rincón Bazo. Mi compañero y yo somos antiguos militantes de izquierda y juntos hemos vivido las dos fases de la dictadura y los dos años de gobierno belaudista. Nunca, hasta ahora, nuestra relación se había visto perturbada por la represión. Pero nada bueno permanece. Usted, como experto en cuestiones amorosas, sabrá que muchas parejas desarrollan manías y pequeños hábitos en el momento de hacer el amor. Así, por ejemplo, cuando estaba de novia con un maoísta, él acostumbraba gritar en el momento del clímax: "El poder nace del fusil". Mi actual compañero, más romántico, solía decirme un verso del poema 1 de Neruda: "Mi cuerpo de labriego salvaje te socava". Pero desde el día que detuvieron a Liberona, él ya no funciona, pues teme que Rincón Bazo lo meta preso por conocer y citar a Neruda, como ocurrió con el compañero chileno expulsado del país. Desde ese día, no más saltos del tigre, no más las dulces locuras del amor. Y todo por culpa de Rincón Bazo. Yo le he dicho a mi compañero que todo es mental, e incluso le he sugerido que revise nuestra habitación y hasta el tállamo (disculpe la deformación poética) para que compruebe lo absurdo de su aprehensión, pero todo es inútil. El no quiere exponer su (nuestro) problema en la célula y tampoco tenemos dinero para pagarle a un sicoanalista, por eso acudo a usted en busca de ayuda. Como comprenderá, estoy bastante nerviosa, por eso le ruego que le dé prioridad a mi carta. ¡Ayúdeme, por favor!

Arrinconada

•Querida "Arrinconada": Si no quieres esperar hasta que caiga Rincón Bazo (o

que parece difícil, pues Belaúnde lo ha respaldado), lo aconsejable es que tu compañero lea otros poemarios para que se inspire. Para comenzar, te recomiendo *Catorce sonetos de amor*, de Winston Orrillo.

CONCURSO MUNICIPAL: PLASTICOS PITEAN

Hace algunos días culminaron los certámenes culturales que organizó la Municipalidad de Lima. En ellos, el jurado determinó declarar desiertos el primer premio de Grabado y los 3 primeros puestos de Pintura, por considerar que los trabajos presentados no reunían los méritos necesarios. Ahora, un grupo de artistas plásticos y críticos de arte, entre los que se encuentran Martha Vértiz, Leslie Lee, Lika Mutal y Luis Lama, han hecho una declaración conjunta en la que expresan su disconformidad con la decisión del jurado. Ellos critican, entre otras cosas, "la falta de seriedad de los organizadores al no especificar cuáles fueron los criterios de selección", "la torpe presentación" de las obras participantes, producto del "desconocimiento de un criterio museográfico" y "la conformación de un jurado que revela un cavernario concepto de lo que debe ser el arte contemporáneo" (¿podía ser de otro modo estando el "pintor" Francisco Abril de Vivero en el jurado?). También señalan que "existiendo una libre competencia es de esperar que exista siempre un trabajo superior a los demás" (bueno, esto podría ser discutible, porque sino, en el país de los ciegos. . .) En fin, la Municipalidad debe una respuesta a tantas críticas.

MUSEOS UTOPICOS

"Tal vez la mejor expresión de la indiferencia del Estado hacia el continuo saqueo de nuestro patrimonio nacional sea el desamparo actual de sus museos", dice la presentación que inicia el amplio informe que sobre la situación de los museos entrega la revista *Utopicos* (Lima, enero 1983, números 2/3, 20 pp.) que dirige Alfonso Castrillón. En ese informe, Castrillón hace una encuesta que confirma la pobre situación en la que se encuentran nuestros museos; Alan Wallach y Carol Duncan analizan el papel del museo de arte como espacio ideológico, y se entrevista a Luis Lumbreras, Antonio Pimentel, Rosalía Avalos y Rosa Fung. El resto del material de esta buena e imprescindible revista lo constituye las secciones de cine (a cargo de José Carlos Huayhuaca, Federico de Cárdenas y Christian Wiener), plástica (Sebastián Gris y Luis Lama) y libros (Gustavo Buntix y Hugo Salazar).



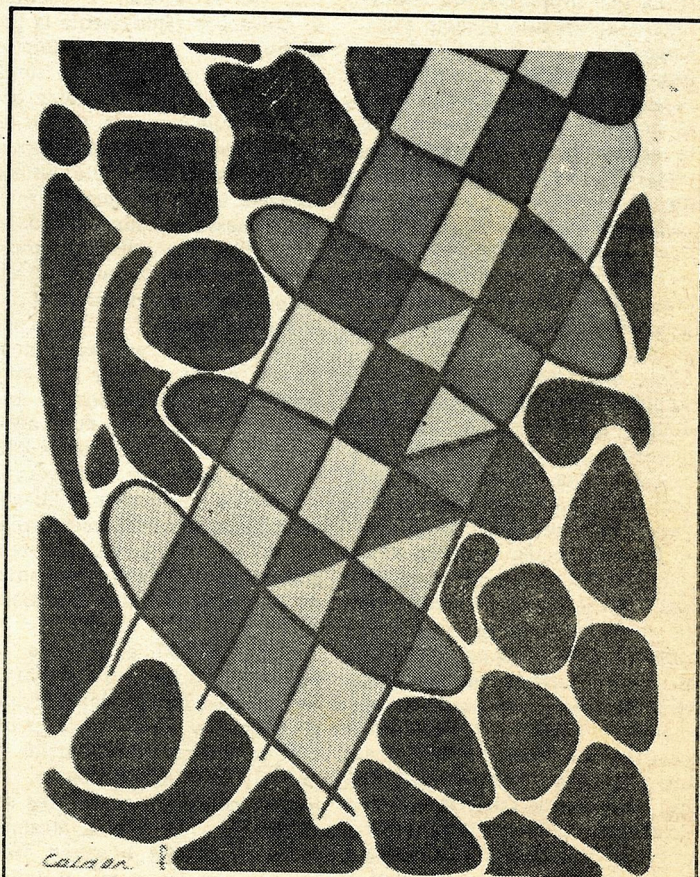
El bostezo del lagarto

Tomás Azabache

PREMIOS NOBEL EN ESPAÑOL

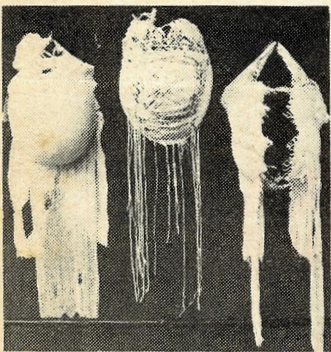
Un ciclo de conferencias denominado "Premios Nobel literarios de lengua española" se desarrollará a partir de esta semana —los miércoles— organizado por el Banco Continental, que inicia así su programa de ciclos culturales correspondientes al presente año. El poeta Washington Delgado iniciará el ciclo el día 2 de febrero con una conferencia sobre *Juan Ramón Jiménez*; luego, el 9, el poeta Antonio Cisneros abordará la obra de *Pablo Neruda*; el 16, el poeta Alejandro Romual-

do analizará la creación de *Vicente Aleixandre*; el 25, el Dr. Jorge Cornejo Polar disertará sobre *Miguel Angel Asturias* y, finalmente, el Dr. Ricardo González Vigil se ocupará de la narrativa del último Premio Nobel, el colombiano *Gabriel García Márquez*. Aunque no están incluidos Jacinto Benavente ni Gabriela Mistral, el ciclo promete ser interesante por la calidad de los expositores. Las conferencias se dictarán en el auditorio del Banco Continental (República de Panamá 3073, San Isidro) a las 7.15 p.m.; la entrada es libre.



TAPICES DE ALEXANDER CALDER

Esta semana se inauguró una muestra de 14 tapices del artista norteamericano Alexander Calder, creador del arte cinético y uno de los mayores pintores y escultores contemporáneos. La exposición estará abierta al público hasta el 11 de febrero en la galería del Banco Continental (Tarata 210, Miraflores). Además de la muestra de tapices, todos los días a las 7.30 p.m. se exhibirá el filme *El universo de Alexander Calder*.



JOHANNA HAMANN

Hasta el miércoles 2 de febrero se podrá apreciar en la galería "Fórum" (Larco 1150, sótano, Miraflores) una muestra de esculturas, dibujos y serigrafías de Johanna Hamann, joven artista plástica egresada de la Universidad Católica.

UN CIELO RESTRINGIDO

Cielo abierto, la revista cultural que auspicia CENTROMIN PERU, ha llegado a su número 21, dirigida por el poeta Javier Sologuren, quien asumió la conducción de esa publicación desde hace dos números. En esta segunda fase de *Cielo abierto* la revista ha mejorado notablemente y ha ganado en coherencia y en calidad. En este número, Jorge Rodríguez Padrón analiza *La guerra del fin del mundo*, de Vargas Llosa, y se publican relatos del japonés Ijara Saikaku (1647-1693) y del recientemente premiado Edgardo Rivera Martínez, más conocido como "El león de Jaúja" en los predios sanmarquinos. La poesía la pone Jorge Eduardo Eielson con un notable texto titulado "Primavera de fuego y ceniza en el cine Rex de Roma" que debió aparecer en su libro *Habitación en Roma*; del citado poema transcribimos algunos versos: "Hoy en día/ La masturbación no tiene límites/ Yo por ejemplo/ Ya no tengo manos ni palabras/ Ya no sé qué hacer para calmar mi infancia/ Me sale leche por los ojos/ Quizás porque no tengo lágrimas / O porque pienso demasiado/ Además/ La muchedumbre es contagiosa ¿sabe usted?/ Un reptil de patas infinitas/ De millares y millares de cabezas/ Todas con fiebre y con tos/ Como yo/ Todas buscando la luz/ Como yo (...)" En esta sección también se publica un ensayo de Sandro Cohen sobre la poesía nueva en México. En arte, Francisco Stastny y Jorge Bernuy Guerrero se ocupan, respectivamente, de la "Iconografía, pensamiento y sociedad en el Cusco virreynal" y de las obras de Marcos Duprat y de Pestana. Hasta aquí el número. Queremos señalar, sin embargo, que *Cielo abierto*, pese a ser una edición no venal, es de circulación restringida, pues no se vende en ninguna librería sino que se distribuye gratuitamente en CENTROMIN, en donde las formalidades burocráticas dificultan el acceso a la revista.

El filtro

viene de la página 11

mi fatal amor rebasó todos los límites. "Venid a la hora de la Bolsa un día que hayáis visto en ella a mi marido —le escribí—; os esconderé. Si la casualidad me concede un momento de libertad, os veré; si un azar favorable hace que mi marido vuelva a la Bolsa al día siguiente, os veré; si no, habréis recibido al menos una prueba de mi afecto y de la injusticia de vuestras sospechas. Pensad en lo que expongo".

"Esto respondía al temor que él tenía siempre de que yo hubiese elegido otro amante en la sociedad y con el cual me burlara del pobre saltimbanqui napolitano. Uno de sus camaradas le había contado a este respecto no sé qué cuento absurdo.

"Ocho días después, mi marido fue a la Bolsa; en pleno día, Mayral entró en mi casa escalando el muro del jardín. Ved cuánto me exponía. No llevábamos tres minutos juntos, cuando volvió mi marido. Mayral pasó a mi cuarto tocador; pero don Gutier sólo había vuelto para coger unos papeles esenciales. Por desgracia traía también un saco de portuguesas. Le dio pereza bajar a su caja, entró en mi gabinete, metió el oro en uno de mis armarios, cerrólo con llave y, para mayor precaución, porque era muy desconfiado, se llevó también la llave del gabinete. Imaginaos mi disgusto; Mayral estaba furioso, y sólo pude hablarle un poco a través de la puerta.

"Mi marido volvió en seguida. Después de comer me obligó en cierto modo a salir de paseo. Quiso que fuéramos al teatro, y, en fin, no pude volver hasta muy tarde. Todas las puertas de la casa se cerraban cuidadosamente cada noche, y mi marido guardaba todas las llaves. Gracias a la mayor casualidad del mundo y aprovechando el primer sueño de don Gutier, pude hacer salir a Mayral del gabinete en que se impacientaba desde hacía tanto tiempo; le abrí la puerta de un pequeño desván. Fue imposible hacerle bajar al jardín. Se habían depositado en él balas de lana, y dos o tres cargadores pasaban allí la noche guardándolas. Mayral pasó todo el día siguiente en el desván. Imaginaos lo que yo sufriría: me parecía a cada instante verle bajar, puñal en mano, y abrirse paso asesinando a mi marido. Temblaba al menor ruido de la casa.

"Para colmo de desdichas, mi marido no fue a la Bolsa. Por fin, sin haber podido hablar un sólo minuto con Mayral, hube de darme por muy contenta con poder mandar a diversos recados a todos los cargadores y hallar un momento para hacerle escapar por el jardín. Al pasar rompió con el mango de su puñal el gran espejo del salón. Estaba furioso.

"Aquí, caballero, vais a despreciarme tanto como yo misma me desprecio. Desde aquel momento (ahora lo veo), Mayral ya no me amó; creía que me había burlado de él. Mi marido continúa enamorado de mí;



Paulina Beyle, hermana de Stendhal

aquel día me besó varias veces y me tomó en sus brazos. Mayral, enfermo de orgullo más que de amor, se figuró que sólo le había escondido allí para hacerle testigo de aquellos transportes.

"Ya no contestaba a mis cartas, ni tan siquiera se dignaba mirarme en el teatro.

"Debéis estar ya cansado, caballero, de esta serie de infamias; mas he aquí la más atroz y más cobarde:

"Hace ocho días, la compañía de saltimbanquis napolitanos anunció su partida. El lunes último, día de San Agustín, loca de amor por un hombre que desde hacía tres semanas que tuviera lugar la aventura de la encerrona en mi casa, no se había dignado mirarme ni contestar a mis cartas, me escapé de la casa del mejor de los maridos, y robándole, caballero, yo que no le aporté otra dote que un corazón infiel. Me llevé los diamantes que él me había dado, y cogí en su caja tres o cuatro paquetes de quinientos francos, porque pensé que Mayral se haría sospechoso en Burdeos si intentaba vender diamantes".

En este pasaje de su relato, doña Leonor se sonrojó mucho. Liéven estaba pálido y desesperado. Cada palabra de Leonor le atravesaba el corazón, y, no obstante, por una horrible perversion de su carácter, cada una de estas palabras aumentaba el amor que le inflamaba.

Fuera de sí, tomó la mano de doña Leonor, que no la retiró. "¡Qué bajeza por mi parte —se dijo Liéven—, gozar de esta mano mientras Leonor me habla de su amor por otro hombre! Si me la deja, es por desdén o distracción, y soy el más indelicado de los hombres".

—El lunes último, caballero —prosiguió Leonor—, hace cuatro días, a eso de las dos de la madrugada, después de cometer la cobardía de dormir con láudano a mi marido y al portero, me escapé de mi casa y fui a llamar a la puerta de aquella de donde anoche, en el momento de pasar vos, conseguí

huir. Es la casa de Mayral. "¿Creerás ahora que te amo?", le dije al verle. Estaba loca de felicidad. Desde el primer momento, me pareció más asombrado que enamorado.

"Al día siguiente por la mañana, cuando le mostré mis diamantes y mi oro, se decidió a dejar su compañía y huir conmigo a España. Pero ¡Dios mío!, por su ignorancia de ciertas costumbres de mi país, creí notar que no era español. "Probablemente —me dije— acabo de unir para siempre mi destino al de un simple *écuyer* ambulante. ¡Bueno!, pero ¿qué me importa, si le amo? Siento que es dueño de mi vida. Yo seré su sirvienta, su mujer fiel, y él continuará su oficio. Soy joven; si es necesario aprenderé a montar a caballo. Si en la vejez nos hallamos en la miseria, es igual: dentro de veinte años moriré de miseria a su lado. ¡No habrá por qué compadecerme, puesto que habré vivido dichosa!". ¡Qué locura, cuánta perversidad! —exclamó Leonor interrumpiéndose".

—Tengo que reconocer —dijo Liéven— que os morías de aburrimiento con vuestro viejo marido, que no quería llevaros a ninguna parte. Esto os justifica mucho a mis ojos. Tenéis sólo diecinueve años, y él cuarenta y nueve. ¡Cuántas mujeres viven consideradas en la sociedad de mi país, y en el fondo no sienten vuestros generosos remordimientos habiendo cometido mayores faltas!

Algunas frases de este género parecieron aliviar a Leonor de un gran peso.

—Caballero —prosiguió—, pasé tres días con Mayral. Por la noche, me dejaba ir a su teatro. Anoche me dijo: "Como la policía pudiera hacer un registro en mi casa, voy a guardar vuestros diamantes y vuestro oro en la de un amigo seguro". A la una de la mañana, después de esperar hasta mucho más tarde de la hora acostumbrada, y muerta de miedo de que se hubiera caído del caballo, volvió, me dio un beso y en seguida salió de la habitación. Afortunadamente, yo había guardado una luz, aunque él me lo prohibió dos veces y hasta apagó la lámpara. Pasado mucho tiempo, y estando yo dormida, entró en mi cama un hombre; me di cuenta en el acto de que no era Mayral.

"Cogí un puñal; el cobarde tuvo miedo y se arrojó a mis pies implorando piedad. Yo me abalancé a él para matarle. "La guillotina os espera si me mataís", decía. La bajeza de este lenguaje me horroriza. "¿Con qué gentes me he comprometido?", pensé. Tuve la serenidad de decir a aquel hombre que yo tenía protectores en Burdeos, y que el señor procurador general le mandaría detener si no decía toda la verdad. "Pues bien —contestó—, yo no he robado nada de vuestro oro ni de vuestros diamantes; Mayral acaba de marcharse de Burdeos; se va a París con vuestro botín. Se ha marchado con la mujer de nuestro director, que se la ha cedido por veinticinco luises. A mí me ha dado estos dos que aquí veis y os lo devuelvo, a menos que tengáis la generosidad de dejármelos. Me los dio para que os retuviera lo más posible aquí, a fin de llevaros veinte o treinta horas de ventaja".

"—¿Es español? —le pregunté.

"—¡El español!... Es de Santo Domingo, de donde huyó robando o asesinando a su señor.

"—¿Por qué vino aquí esta noche? Contesta —le dije—, o mi tío te enviará a galeras.

"—Como yo vacilara en venir aquí a guardaros, Mayral me dijo que eráis muy hermosa. "Nada más fácil —añadió— que tomar mi puesto a su lado. Será divertido. Una vez ella quiso burlarse de mí; ahora me burlaré yo de ella". Con esta condición, consentí; pero como no me atrevía, hizo venir la silla de posta hasta la puerta, y subió para besaros delante de mí, después de esconderme junto a la cama".

De nuevo en este punto los sollozos ahogaron la voz de Leonor.

—El joven saltimbanqui —prosiguió— estaba intimidado y me daba los detalles más exactos y más desoladores con respecto a Mayral. Yo estaba desesperada. "Acaso me ha hecho tomar un filtro —pensaba—, porque no puedo odiarle". En efecto, ni ante tales infamias, puedo odiarle, caballero, siento que le adoro.

Doña Leonor se interrumpió y se quedó abstraída.

"¡Qué extraña ceguera! —pensó Liéven—. ¡Una mujer tan inteligente y tan joven creer en sortilegios!"

—En fin —continuó doña Leonor—, al verme tan pensativa, aquel mozo comenzó a tener menos miedo. Me dejó bruscamente, y, pasada una hora, volvió con un compañero. Tuve que defenderme, y la lucha fue dura; acaso amenazaban mi vida, pretendiendo otra cosa. Me quitaron algunas pequeñas alhajas y mi bolsa. Por fin pude ganar la puerta de la casa; pero a no ser por vos caballero, me habrían perseguido en la calle.

Cuanto más ciega de amor por Mayral veía Liéven a Leonor, más la adoraba.

—¿Creeréis que me figuro, mi verdadero amigo —le dijo al cabo de unos días— que si pudiera probar a Mayral que nunca había intentado burlarme de él, acaso me amaría?

—Tengo poco dinero —repuso Liéven—, porque el aburrimiento me llevó a jugar, pero acaso el banquero a quien mi padre me ha recomendado en Burdeos no me negará quince o veinte luises si voy a suplicárselo. Haré cuanto pueda, incluso, las mayores bajezas si es preciso. Con ese dinero podréis ir a París.

Leonor le echó los brazos al cuello.

—¡Dios mío, por qué no podré amaros! Pero ¿es posible que me perdonéis mis horribles locuras?

—Hasta tal punto que me casaría con vos entusiasmado y pasaría mi vida a vuestro lado considerándome el más dichoso de los hombres.

—Pero si encuentro a Mayral, me considero lo suficientemente loca y criminal para abandonar a vos, mi bienhechor, y caer a sus pies.

Liéven enrojecía de cólera.

—No tengo más que un medio de curarme: matarme —le dijo cubriéndola de besos.

—¡Oh, no te mates, amigo mío! —dijole ella.

No se le ha vuelto a ver. En cuanto a Leonor profesó en el Convento de las Ursulinas.



Centro de Investigación y Promoción Amazónica

Ricardo Palma 666-D — Lima 18 — Perú — Teléfono 464823

NUEVAS EDICIONES EN VENTA:

La Peruvian Corporation en la Selva Central del Perú
(Serie Documentos No. 3)..... Manuel Manrique
Notas sobre Población, Recursos y Empleo en la Selva Peruana
(Serie Documentos No. 4)..... Francisco Verdera

PROXIMA APARICION:

Relaciones intertribales en el Bajo Urubamba y Alto Ucayali
(Serie Documentos No. 5)..... Alonso Zarzar y Luis Román

LUGAR: PRINCIPALES LIBRERIAS. DISTRIBUCION TELF.: 23-3234

**FUNDACION
FRIEDRICH
EBERT**

PRESENTA:



Edición limitada a precio subvencionado 690 páginas, a 13,500 soles el ejemplar.
Una obra de fácil consulta con índices en cuatro idiomas
Indispensable para universitarios, profesionales, funcionarios, periodistas y personas interesadas en problemas sociales y económicos.

PEDIDOS Y VENTAS:

JORGE VANDERGHEN 299 — MIRAFLORES TELF. 418422

**GRAN
REMATE ANUAL
DE SALDOS
20% 30% 40%...
OFERTAS Y DESCUENTOS
INCREIBLES**

**LIBROS DESDE
3x \$ 1,000**

HASTA EL 31 DE ENERO

**LIBRERIA
DEL SOTANO**

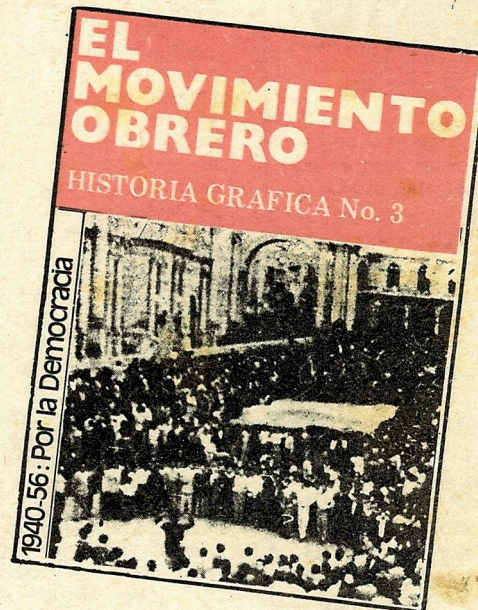
Plaza San Martín 995 tlf 274341

tarea

Asociación de Publicaciones Educativas (H. Urteaga, J.M., Tlf. 230935).

ANUNCIA SU

**ULTIMA
PUBLICACION**

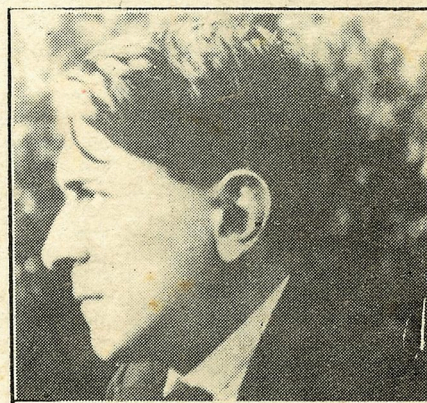


PRECIOS DE PROMOCION PARA SINDICATOS EN NUESTRO LOCAL: HORACIO URTEAGA 976 JESUS MARIA.

YA SALIO

**CITA DE
JOSE
CARLOS M.**

Por: CESAR CAMPOS CESPEDES



ESTE TRABAJO ES LA EXPOSICION, EN FORMA SISTEMATICA Y DIDACTICA, DE MAS DE 500 CITAS DE LAS "OBRAS COMPLETAS" DE J.C. MARIATEGUI, CLASIFICADAS EN 81 TEMAS DIFERENTES.

GRACIAS A ESTA RECOPIACION DEL PENSAMIENTO DEL "AMAUTA", SE ADQUIERE SUS CORRECTAS ENSEÑANZAS SOBRE LA LUCHA ARMADA, LAS ELECCIONES, EL APRA, NUESTRA REALIDAD NACIONAL, LA EDUCACION, HISTORIA DEL PERU, LITERATURA, ARTE, ECONOMIA, ETC.

ESCRIBE SU PROLOGO UN ETNOLOGO E HISTORIADOR PROFUNDO COMO EL DR. LUIS E. VALCARCEL, AMIGO PERSONAL DEL GRAN "AMAUTA"

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS Y KIOSKOS

Principalmente: Kioskos "Amauta" y "J.C. Mariátegui", situados en la Plaza Dos de Mayo - Jr. Moquegua y el Parque Universitario (Junto al Ministerio de Educación), respectivamente.